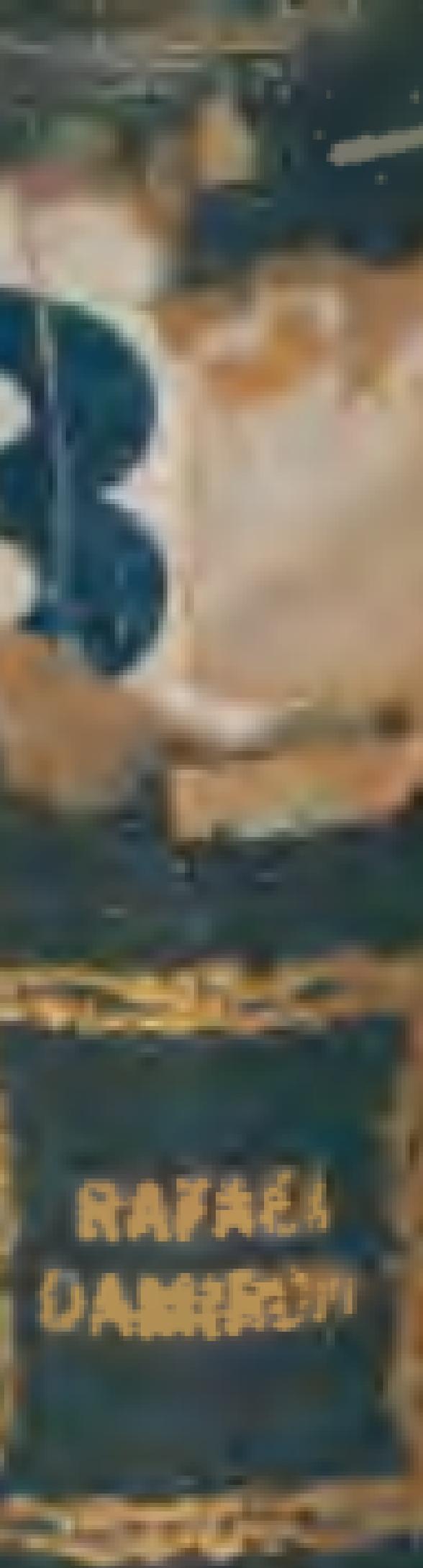


NOSOTROS  
POR  
RAFAEL  
GARRIGÓN



犬の肖像  
D. A. 1892

MAISON

MAISON  
POSTER

864.4  
D159  
Ej.2  
MAGN- 0



















Libro # 32 (Biblioteca)

AGN  
864.44  
AGN  
D159n  
6.2

# Nosotros

VOLUMEN PUBLICADO COMO CONTRIBUCION A  
LA CELEBRACION DEL 25 ANIVERSARIO DE LA  
ERA DE TRUJILLO

POR  
RAFAEL DAMIRON



ARCHIVO GENERAL DE LA NACION

NUMEROTICA

Sala 1 Estante 2

Tramo 1-5 Letra \_\_\_\_\_

No. de Reg. 6006.

AÑO DEL BENEFADOR DE LA PATRIA

IMPRESORA DOMINICANA  
CIUDAD TRUJILLO,

1955



BIBLIOTECA **A G N**



016542

016542

AGN  
RD 864. 44  
D 15872  
AGN  
0.2



## PROLOGO

RAFAEL DAMIRON, el viejo y admirado Fello, el escritor de la pluma castigadora como un foete en la carne del réprobo; ígnea como un termocauterio en la llaga del ayer político; retadora y cortante como la espada de un Libertador en la defensa de los ideales de la Patria; ingrávada, como arrancada del ala de un ángel cuando la movía el corazón del poeta; Rafael Damirón, el autor de "De Soslayo" y de los picantes "Pimentones"; el novelista de "La Cacica", "Hello Jimmy" y "Ay de los Vencidos"!; Rafael Damirón, el romántico y bohemio que dejaba la guitarra para empuñar el fusil en el deporte sangriento de nuestras refriegas del pasado; Rafael Damirón, el trujillista recio que tenía en el pecho un borno de amor para calentar el sentimiento hacia su amigo, Jefe y protector, el Generalísimo Trujillo, dice adiós a la vida, en este su libro póstumo... y se va de la vida, para siempre.

Presiente Damirón que en "Nosotros" dirá sus últimas palabras para anatematizar el pasado sombrío que le tocó vivir, y se hacen filosos sus enjuiciamientos hasta hacer sangrar el alma del dominicano. Intuye que en esta obra, expresará sus postreros conceptos acerca del gene-

87. 001418 (32)  
Recy. sub. 50 - 000585

## JOSE ANGEL SAVIÑON

roso AMIGO que le dió agua, sombra y fruto, y envuelve esos conceptos en lo único que puede ofrecer el hombre cuando lo quiere dar todo en esa hora solemne en que pone el pie a la misma orilla del otro mundo: amor.

Por eso, hay tanto fuego y tanto amor en "Nosotros", el último libro del gran escritor dominicano.

\* \* \*

RAFAEL DAMIRON fué un prototipo de escritor político dominicano.

No el alquitarado escritor de ayer, que mantenía sus creaturas en largo y laborioso período de incubación, y luego formadas, gastaba días y más días en paciente tocado de coquetería literaria para al fin, lanzar al público el avaro y olímpico artículo, en el cual la vanidad y la afectación retorcian las frases y convertían en obsoletos y vagos los conceptos.

Rafael Damirón fué siempre y hoy más que ayer, que la hora se hizo febril e impaciente, el periodista de todos los días, el de la antena alta y sensitiva que captaba la última vibración, para ofrecerla a sus lectores en prosa clara y correcta y en juicios responsables, en las que estuvo presente, siempre, el amor a la Patria.

Así fué Damirón. Combatía a los fríos, odiaba a los traidores con fuerza de león, gozaba cuando ponía el pie en la cabeza del reptil y era vibrante como el agudo de un clarín cuando se entregaba a la defensa de sus ideales políticos.

Era apasionado, con la altura que hizo exclamar a

## PROLOGO

*Martí que los "apasionados son los primogénitos del mundo".*

*Por eso fué admirado y combatido, y tuvo muchos amigos y muchos enemigos.*

*Era y fué siempre el político en actitud de combate que utilizaba la palabra, hablada y escrita, para decir, con sinceridad y energía, su pensamiento.*

*Así lo dijo, cuando la juventud briosa se le iba en la manigua criolla de los viejos tiempos, haciendo de la vida una constante y peligrosa aventura.*

*Así lo pronunció también, cuando nubes pardas de ejércitos extranjeros eclipsaron nuestra soberanía.*

*Y cuando el sol de Trujillo amanecía en el horizonte de la República, Rafael Damirón se levantó de madrugada para vivir la nueva aurora de la Patria.*

*Se entregó, desde entonces, sin siestas de reposo ni descendimientos en el ánimo, a la más grande causa política en la historia de la República.*

*Fué amigo del Generalísimo Trujillo de cuya generosidad y protección vivió perpetuamente agradecido, y enemigo de sus enemigos en la única forma en que él sabía hacerlo: apasionadamente.*

\* \* \*

*Abatido el recio tronco por el hacha de impiadosa enfermedad, produjo Damirón su fruto postrero: "Nosotros", en donde se ve correr la última savia anímica del hombre en su trino aspecto de escritor, político y poeta.*



## JOSE ANGEL SAVIÑON

*Como escritor, su prosa es clara, flúida y llena de color y de vibraciones.*

*El político llega a ser duro, amargo, cuando enjuicia nuestra azarosa historia de luchas, caídas y claudicaciones.*

*Un agua-fuerte goyesco, con violentos trazos y vigorosas figuras dramáticas es el cuadro que nos presenta Rafael Damirón de la época que él mismo vivió como protagonista, y en el que pueden contemplarse, como elementos del lienzo magistral, hombres mutilados, lagunas de sangre, zarzales, roscosas y empinadas pendientes, garras, orgía, lodo, y el alma de la Patria desgarrada, para mostrar, como un Jesús crucificado, el dolor de la agonía.*

*Y después de este espectáculo, las pupilas sucias aún de pasado, se limpian y dilatan cuando Rafael Damirón nos describe, cómo por la gracia milagrosa del genio de Trujillo, el páramo florece, la historia cobra sentido nuevo, color la bandera, tono vibrante el himno, orgullo y dignidad el espíritu del dominicano, y la Patria navega triunfal por nuevos mares, conducida por el gran Capitán de su destino.*

*En "Nosotros", Damirón, si dice lo que fuimos, también afirma lo que somos.*

*"Nosotros", ayer y "Nosotros" hoy. Este es el libro de Damirón.*

\* \* \*

## PROLOGO

*El poeta, como el cisne herido, lanza su último canto.*

*El profeta que hay en todo vate, pronostica su muerte cercana.*

*Al escribir su libro, —como su último homenaje al gran Jefe—, asegura Damirón que no gozaría de las celebraciones del "Año del Benefactor".*

*Y así, desgraciadamente, fué.*

*Sus palabras tienen la sinceridad y la melancolía de un llanto viril y solitario.*

*Sus frases están aún tibias y húmedas de lágrimas recién vertidas.*

*Rafael Damirón dice adiós a sus amigos, a su familia, y se despide de la vida con una palabra en los labios, eco de su corazón, espejo de su pensamiento: TRUJILLO.*

*Ve esta obra la luz pública, gracias al mecenazgo del Benefactor de la Patria.*

*La bibliografía política dominicana, se enriquece con el último valioso aporte de un gran escritor dominicano.*

*Si con ello están de fiesta las musas, también en los labios de la República se dibuja una sonrisa.*

JOSÉ ANGEL SAVIÑÓN



## ALGUNAS PALABRAS

*En este pequeño volumen que escribimos con el desaliento de un ave herida próxima a perder el dominio de sus alas, encontrarán nuestros lectores una serie de divagaciones recargadas de pesimismo y opuestas al común sentido de lo ya aceptado como cosa juzgada en nuestra vida, o mejor dicho, en la vida del país. Ni ante lo que nos hemos visto precisados a actuar en forma activa, nos consideramos obligados a tomar una actitud resistente. Quien no tenga derecho a rectificar sus propias opiniones, se hace esclavo de sus propios errores.*

*Por ello se verá que no escapan a la severidad de los juicios aquí sustentados, ni los acontecimientos en los cuales fuimos actores y colaboradores, ni aquellos en los cuales, más que nosotros, muchos comprometieron junto con su honor, el de aquellos que eludieron a sus personales determinaciones. El hombre en la sociedad, para no hundirse en las tempestades que la conmueven a las veces, tiene que aceptar las consecuencias de su conducta para no quedarse encallado para siempre como las naves que la fuerza del mar tira sobre los acantilados de una costa de donde se han retirado las olas después de un furioso huracán.*

## ALGUNAS PALABRAS

*Las ideas no son como las hojas de un árbol, uniformes en su nacimiento, e invariables en su función, son más bien el producto evolutivo del pensamiento, y la luz que irradia su fondo en perpetua incandescencia.*

*No siempre cuando miramos hacia lo desconocido concurren a nuestro pensamiento las mismas ideas, ni asoman en nuestro espíritu las mismas emociones. Nos daremos cuenta de ello cuando al contemplar la naturaleza en un día que consideramos feliz, nos parece más bella y más elocuente, así como cuando la contemplamos en el instante en que nos embarga la tristeza, nos arrancará lágrimas y nos impondrá silencio.*

*Cuando contamos veinte años todo riesgo es un deporte, nos jugamos la vida, entre dos cartas, a la que más nos simpatice. Lo importante es entonces no aparecer ni tímidos ni cobardes ante los ojos que nos contemplan colocados en un papel neutral. Ser, o no ser, la disyuntiva de Hamlet, nos invita a salirnos de ese espíritu conservador que ha hecho anónimos a todos los insignificantes de la tierra.*

*De ahí que muchas veces, habiendo vivido épocas cruciales que la historia ha registrado como dignas de convertirse en ejemplos para la humanidad, haya muchos hombres que desconozcan sus más elementales detalles, su trascendencia y su influencia en la transformación de su ambiente.*

*Quien no tenga como deber indeclinable constituir una unidad activa en el desenvolvimiento de la sociedad en que vive, jamás pasa de un ente inadvertido y sin color.*



## RAFAEL DAMIRON

*Nosotros debemos declarar sin temor al juicio de los demás, que en cuanto sentimos la fuerza de las pasiones y la subyugante atracción de cuanto pudiera estimular nuestra vanidad, comprometimos nuestra acción en favor o en contra de todos los intereses en pugna en los cuales pudiéramos alternar.*

*A los dieciocho años de edad nos incorporamos como soldados en las filas de la primera tropa que vimos desfilar detrás de un clarín marcial que retaba a su contrario emboscado entre los montes.*

*¿Por qué lo hicimos?*

*¿Por qué lo quisimos?*

*Eso no tiene importancia. Como el jugador hermético, nada nos importaba ganar o perder, lo que nos interesaba, era jugar.*

*Y seguimos jugándonos la vida sin saber qué queríamos, ni qué nos iba a tocar después del triunfo, o después de la derrota.*

*A ello debemos que podamos hablar de ese pasado en el cual nos cupo, más que honores, responsabilidad; más que beneficio, decepciones.*

*No siempre lo sentimental influye en los buenos éxitos de la política. Siempre valdrá más quien aún tiene algo que ofrecer, que quien lo ha dado todo, y todo lo ha arriesgado por el triunfo de una causa.*

*La labor rendida logra su cima, como al cese de la lucha surge una nueva empresa, y entonces, hay que conservar el fruto de la victoria aún a expensas de los méritos de aquellos que se jugaron la vida para su realización.*

## ALGUNAS PALABRAS

*Nosotros nos tenemos por aprendidos y olvidados todos estos preceptos que la experiencia, siempre tarde, nos hace invocar.*

*Este pequeño volumen es, pues, quizá nuestro último tributo a la deslumbradora ERA que ahora cumple veinticinco años, estamos enfermos físicamente, y acaso no nos sobre tiempo para disfrutar de la fiesta patriótica que con justo regocijo celebra nuestra Patria.*

*Ajenos al egoísmo que suele enturbiar los más limpios pensamientos, en donde quiera que el destino nos coloque, lejos, o cerca del triunfo que se celebra, tendremos la satisfacción de poder aplaudir.*

*Como es natural en un hombre que ha luchado con la adversidad en todas sus formas, escribimos con el corazón herido por todo lo corrosivo y por encima del encono que jamás perdona cuando algo se ha sido en los vaivenes de la suerte. Siempre hemos creído, como el moro abaleado sobre los arenales del desierto, que la razón definitiva de todo destino, es producto de la suerte. Con nosotros ha sido en cierto modo muy avara, avara y cruel a veces, pero sin lograr vencernos.*

*Cuanto aquí está escrito es fruto leal de nuestras ideas y de nuestra memoria. Sabemos, y no nos arrepentimos de ello, que se nos juzgará contrarios de muchos prejuicios ya consagrados como cosa cierta por una gran mayoría de dominicanos que ahora sientan plaza en las cumbres de la sapiencia criolla; no ignoramos que sin quererlo, vamos a contrariar la opinión de todos aquellos que por tomar alguna actitud, desorientaron ciertas inves-*



## RAFAEL DAMIRON

*tigaciones históricas en interés de hacer valer falsas glorias que ellos han defendido profanando la auténtica personalidad de los que contribuyeron a la labor independentista de nuestra tierra; sabemos de antemano, que este pequeño volumen que lanzamos a la luz pública, no alcanzará ningún valor inmediato.*

*Como no estamos encasillados dentro de los que hoy se reparten el don de la verdad irretractable, posiblemente se echará un poco de tierra en el panteón común para que nos quedemos en el olvido. Pero es que a veces, suelen florecer raras luminarias en la noche, destellos que agrietan el sepulcro y sirven de guía al extraviado caminante.*

*Hemos evitado con cuidadoso afán acercarnos a la tumba de los llamados Creadores de la República, y sin que reneguemos de sus glorias, no siempre hemos logrado una apología deslumbradora al margen de su historia.*

*Nosotros no concebimos la epopeya como obra del acaso, sino dentro del hierro y de la sangre que ha de costar alcanzarla.*

*Y como se obstinó el interés de unos pocos en destruir lo que Santana cuajó en el campo de batalla; y como se ha puesto sombras de olvido sobre otras figuras descollantes de nuestras luchas emancipadoras, hemos preferido guardarnos la lisonja para cuando la serenidad y la justicia abran paso a los héroes y los mártires tan penosamente discutidos.*

*El fraccionado análisis que hacemos del pueblo do-*

## ALGUNAS PALABRAS

*minicano antes de la Era presente, lo debemos al resultado de nuestras observaciones personales.*

*Hemos dicho lo que hemos visto, sin pasión ni menosprecio, profundizando en la informe psicología de nuestros conciudadanos anestesiados por la inercia y por la fatal característica de su inconfundible abandono.*

*Hemos observado su despertar al influjo de esta Era que penetró en la barbacoa rústica del campesino para hacerlo despertar al ruido del progreso y al reclamo del espíritu civilizador que le quitó de encima la arrugada manta con que cubría su cuerpo hambriento de luz y de energía.*

*Y luego, aquí está esto, desperdicio acaso de la quietud obligada que los años nos han impuesto; pedazos de nosotros mismos que nos han servido para llenar el hueco que muy secretos sentimientos abrieron en nuestro corazón.*

*Esto no es un libro, es un poco de yerba sobre la petrificada esencia de un espíritu que está pronto a su fin.*

*Quizá quien nos lea con un poco de tolerancia, si no de generosidad, prefiera callar sus impresiones, ya que pocos han tenido la responsabilidad de salirle al paso a la disociación que ha colocado a Sánchez en un frente, a Duarte en otro, y a Mella sin el entusiasmo que debía merecer a los dominicanos.*

*No nos inquieta la actitud que presentamos frente a la falta de vehemencia con que pasamos por encima de los trinitarios. No es que nos falte voz para gritar nuestro fervor, lo que hemos anhelado es, que su título de liber-*

*tadores no mengüe la brillante acción de otros héroes que frente a los enemigos de la libertad de la República, arriesgaron sus vidas, o las perdieron en el esfuerzo de glorificarlas.*

*Al expresarnos así para cubrirnos frente al ataque medroso de los creadores del odioso cisma establecido entre los hombres de febrero, sabemos que ellos no cederán a la llamada de la hora en que una Patria Nueva colma las aspiraciones de su pueblo, y no lo harán así, porque habría que sacudir el polvo a muchas cruces olvidadas por los eternos acaparadores de la historia nacional.*

*Por eso hemos venido ascendiendo y descendiendo por entre los tortuosos abismos de nuestra vida para colocarnos en la hora en punto del año 1930, en la cual comenzó la resucitación de la idea de libertad que pudo iluminar el génesis de los precursores de nuestra emancipación.*

*Y lo hemos hecho así, porque consideramos de sumo interés histórico saber de dónde hemos venido, y hacia dónde vamos; qué éramos y qué somos; cómo pensábamos y cómo pensamos; cuál es la obra de nuestra juventud de ayer, y cuál el futuro prometedor de la juventud del presente.*

*Estamos en el período de la fruta que empieza a ponerse en sazón. Todo nos hace pensar que del árbol que la produce surgirán raíces que lograrán vida imperecedera. El vigor con que ha florecido la esperanza del pueblo dominicano no es para contentarse con una floración*

## ALGUNAS PALABRAS

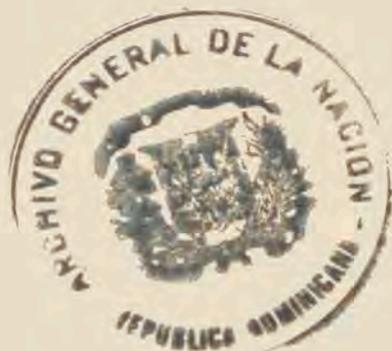
*efímera. Ahora o nunca, parece que nos dice el estímulo que nos alienta.*

*Lo que ahora somos jamás fué imaginado por el desequilibrado vaticinio del espíritu derrotista que nos llevó a los linderos de la noche pasada.*

*Veinticinco años de siembra conducida por la extraordinaria energía de un carácter infatigable, no son para llenar la página fría de un episodio intrascendente. El alma de la tierra dominicana ha despertado para olvidar el camino fatal de las vacilaciones suicidas.*

*Esto, no otra cosa, nos ha impulsado a la labor modesta que representa este pequeño volumen.*

*Nada más.*





COMENZAMOS este libro en el instante fatal en que nos circunda la más profunda tristeza, hemos cumplido ya setenta y dos años, somos solemnemente pobres y en nuestro alrededor vemos el enorme hueco que han dejado la mayor parte de aquellos amigos nuestros que ya se llevó la muerte. A esta altura de la existencia de un hombre, no hay posibles sustituciones sentimentales. Nos vamos quedando en una soledad en que la vida, más que un mirador, es una cruz.

A veces llegamos a creer que todo cuanto fué era más hermoso, sin advertir, que lo más interesante realmente, éramos nosotros mismos. Juventud y optimismo nos fortalece cuando aún tenemos derechos a esperar. Cuando nos damos cuenta de que la vida es una sucesión de constantes decepciones, ya es tarde, tocamos nuestro corazón, y en él, sólo encontramos cicatrices profundas que al quererlas borrar, sangran y nos duelen sin que puedan restañarlas ni la fuerza de una gran filosofía, ni el estoicismo que pudiéramos imponernos para ser indiferentes a la agonía continua que nos quita todo valor para encararnos a la verdad de las cosas.

Nuestras primeras vinculaciones las constituyeron compañeros de la escuela, amigos del barrio en que vi-



víamos, familiares íntimos, y gran parte de aquellas personas que ocupaban el escenario de nuestra vida hogareña cargada de actores disímiles. Escasos de ideales y principios discurríamos como dentro de un barco sin brújula hacia un ignoto puerto. El día en que las naturales presunciones de la juventud nos exigían un alto para orientar nuestra vida, el país sufría una bancarrota moral que constituía la quiebra dolorosa de todas las esperanzas. Eran los finales del año 1899, iniciación del caos político social que señaló al país el deber de una reflexión honrada, serena y sinceramente cívica.

La economía del Estado dominicano, en pleno desastre, pasó de las torpes manos de sus destructores a las de la gente improvisada por la convulsión política que había estremecido la Nación. Para tratar de resarcirla de tan profundos padecimientos, se ensayó toda clase de sistemas, alcanzando, a la postre, frutos de desconfianza en el espíritu público, y miedo en las reservas particulares que cada día se empeñaban en mantenerse ocultas por el temor del naufragio que amenazaba las instituciones.

Todo esto lo comprendemos hoy, cuando con el decurso de los años pretendemos ver más claro el panorama sombrío de aquella época en que la ciudad más grande de la República sólo contaba con quince mil habitantes, y el país, entero, con menos de un millón.

Como nosotros, nuestros amigos fluctuaban entre los diecisiete y veinte años de edad. Desertores de escuelas sin verdaderos maestros, una vaga y elemental idea de la vida real nos imponía una actitud de expectación estéril

## NOSOTROS

que nos obligaba a esperar de los hombres que habían llevado al país a aquel estado de confusión, la noción de un camino a seguir, o la fuerza de una idea que fuera capaz de alumbrar las noches del futuro.

Esto que escribimos hoy, como ya antes lo hemos dicho, lo hacemos en el instante más triste de nuestra vida. Quizá a ello debemos los frecuentes fracasos que constituyeron nuestra falta de aspiración y el notable desaliento de nuestra existencia.

Para robustecer la personalidad de la juventud, los hombres más destacados de la época que nos obligan a estas divagaciones, no disponían de más ejemplos ni de más fuerza que la retardada llamada de los héroes de la Revolución Francesa, y más que para indicarnos doctrinas de derecho, para hacer alardes de una cultura paco-tillezca que los hacía ridículos recitando los discursos de sus oradores, o citando pensamientos inadecuados de los tribunos de la era pagana, o de los ya decadentes héroes de la vida de la Roma de los Césares.

Hablar de Rousseau, de Voltaire y de los próceres de la Gironda parecía que daba título de sapiencia a quienes invocaban sus preceptos para atribuirse título de eruditos.

Habitantes de la pequeña parte de una isla sin ambicionadas riquezas, todo cuanto llegaba hasta nosotros venía con el sello de lo ya enmohecido por el tiempo. Las revoluciones sociales que hubieran podido servirnos de orientación, sufrían rápidos cambios que nos era imposible alcanzar para una provechosa adaptación a nuestra



existencia aún en pañales. No bien comenzábamos a admirar la cabeza de un grande hombre de las nacientes democracias europeas, había caído al cesto bajo el filo de una guillotina; cuando nos comenzaba a subyugar el triunfo de aquellos pueblos para el pueblo, surgía de nuevo una corona, la de un rey, o la de un emperador.

Y mientras todo esto acontecía en el naciente de la civilización, los años transcurrieron poniendo en estado de deformación las más luminosas doctrinas.

Por nuestra parte, éramos tan pequeños, tan limitada nuestra cultura, que nada podíamos producir que fuera una tendencia original hacia la iniciación de un Estado Soberano.

No era sino común encontrar en las manos temblorosas del hombre dominicano, un ejemplar de "La vida de Varones Ilustres" de Plutarco, o algún libro apologético sobre Sócrates o Aristóteles, y quizá, con mayor interés, la Historia del Cristo Rey de los Cristianos.

Para poder ofrecer hoy una idea exacta de nuestra desorientación, nos hemos colocado en los finales del siglo pasado, cuando precisamente, tras un período de aislamiento y de resignación, parecía que la República Dominicana debía surgir de su larga noche para aportar algo al inevitable anhelo de significar una unidad política dentro del conjunto de pueblos libres que se formaban en América.

La elemental historia del país, escrita por autores cuya pasión resalta a simple vista, es la mejor prueba de que no es posible hacer un resumen de la crónica de la

## NOSOTROS

vida de un pueblo nuevo cuando influyen en él sentimientos de quienes a tal labor se arriesgan, faltos de la imparcialidad y de la justicia que deben edificar el estudio de todas las generaciones.

De ahí que aún nos ignoremos de una manera tan lamentable; de ahí que nos nos haya sido posible estimar en su verdadero valor la acción de nuestros precursores. No fué sino hasta hace muy poco tiempo, que nos atrevimos a pensar con propósitos de un análisis sereno, la realidad de nuestro pasado. La sensible epidermis de la lejana parentela de aquellos que se sienten obligados a pedir para sus antepasados una aureola gloriosa, seguramente que se resentiría si nos pusiéramos a establecer la responsabilidad de nuestras debilidades cívicas.

Por eso es por lo que nos limitamos a exponer en estas páginas, las reacciones de nuestro espíritu, cuando podríamos vanagloriarnos de ser tan jóvenes como impresionables.

Como nada habíamos visto fuera de las limitaciones de la tierra en que nacimos, nuestra inquietud no pasaba de lo que una educación sin plan ni arraigo ponía a nuestro alcance.

Fuera del asiento del Poder Ejecutivo, siempre dirigido por un grupo de hombres *hábiles* que en su provecho movían los resortes del Gobierno, la República se componía de diez Provincias y dos Distritos, doce Gobernadores, doce Comandantes de Armas, sacados de las filas de los más irresponsables elementos de acción; doce Comisarios de Policía, truculentos y arbitrarios, y en al-

## RAFAEL DAMIRON

gunos puertos, un Comandante con derecho a contrabandos que los interventores de aduana trataban como comanditarios en las más productivas infracciones.

Es doloroso confesarlo hoy, pero si hemos de ser honrados, no debemos ocultar las causas de ese poco orgullo con que acostumbrábamos a hablar de nuestra historia.

Nosotros éramos ya con capacidad suficiente para discernir frente a los sucesos que llenaban la crónica desalentadora de la vida de la Patria.

A los veinte años habíamos presenciado más de un fusilamiento como medida provisional ordenada por algún jefezuelo de Provincia; habíamos tenido referencias de muchos crímenes del pasado; habíamos presenciado la depreciación de nuestra moneda, y habíamos sufrido la intervención exótica en nuestras más íntimas actuaciones; pero como parecía que la única cosa digna de ser tomada en consideración era la amenaza de nuestros vecinos de occidente, nos pusimos de rodillas frente a las exigencias de muchos gobiernos extranjeros.

¿Qué no permitió el patriotismo dominicano a las frecuentes intromisiones de Estados Unidos en nuestra vida política?

No hemos olvidado nunca cierta vez en que para manifestar nuestro asentimiento ante el Gobierno de Norte América, cuando se anunciaban unas elecciones para formar un Gobierno Constitucional en el país, tres partidos políticos coaligados contra el pder dirigente, colocaron en los balcones del Comité Central en que se reunían, un cartelón que así decía, para que el pueblo

## NOSOTROS

se enterara de esta penosa realidad: "EL MINISTRO AMERICANO SULLIVAN, GARANTIZA LA LIBERTAD Y LEGALIDAD DE ESTAS ELECCIONES".

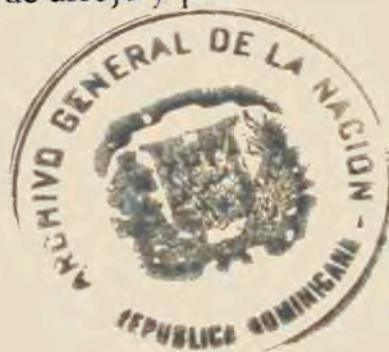
Y las elecciones presidenciales de 1914 fueron, a pesar del espíritu de libertad que reinó en su proceso, vigiladas por oficiales de la Marina de Estados Unidos.

Este ultraje lo traemos a la memoria para ratificar nuestra afirmación de que aquí no había en las épocas recientemente pasadas, más actitud airosamente patriótica que aquella que se observaba frente a los haitianos, y esto lo comprueba, a nuestro juicio, cuando en el año 1916, de una manera tan sumisa, se acató hasta colaborar con ella, la ocupación militar del ejército americano de todo el territorio de la República.

Ocho años sufrimos este vergonzoso estado de esclavitud penosa y arbitraria.

En el instante en que se consumaba este crimen, muy pocas voces, débiles acaso, se escucharon de protesta. A excepción de algún literato alejado del país, y de alguno que otro considerado como audaz en aquel instante, *cordura* fué la consigna de los caudillos que se dedicaron a la vida privada con una pasividad de *eunucos* insensibles a las atrocidades cometidas contra el pueblo dominicano por los miembros de un ejército borracho de engreimiento y de desprecio frente a todo lo nuestro.

El miedo nos hizo a veces valerosos frente a los haitianos, pero la insignificancia de los dirigentes de entonces, nos enseñó a cambiar de carácter, de arrojo y patriotismo.



A veces llegamos a pensar que la República carecía de hombres ambiciosos de gloria, que un servil mimetismo nos metamorfoseaba siempre en detrimento de una personalidad que nos hiciera dignos de llamarnos auténticamente dominicanos.

Quién sabe si tales cosas obedecieron a lo que muy pocas veces hemos tenido en cuenta para formular juicio sobre nosotros mismos. Así como carecemos de lo típico por nuestra confusión etnológica, de lo folklórico, por nuestro afán simiesco de imitación, nos ha faltado una definida religión, un brillante propósito, una profunda cohesión espiritual, y un objetivo básico para caracterizarnos como cosa cierta, como conglomerado de fisonomía inconfundible.

En el decurso de nuestra existencia sólo hemos cosechado angustias. Pudiéramos haber sido indiferentes y morir sin confesar estas dolorosas desilusiones; pero como estamos hoy en la cima de una cumbre que parece repartir bienes para afirmar la conciencia del pueblo dominicano dentro de un ideal de grandeza perpetua, honrado es que antes de abandonar la vida dejemos a manera de testamentaria cívica, el resumen de estas páginas que nada quieren para nosotros cuando ya nos resulta corta toda posibilidad dependiente de nuestro propio porvenir.

Desde nuestra niñez hemos venido observando una de las características más destacadas de nuestro pueblo. A pesar de la ignorancia que siempre desorientó las masas, aún cuando fuera la iglesia una de las fuerzas de mayor poder en el espíritu de la gente, siempre hemos visto

## NOSOTROS

que son más respetados y más idolatrados aquellos dioses de los cuales se esperan milagros.

De ahí que resulte más que un sacrificio, un soborno, la ofrenda que se hace ante las imágenes divinas.

No es por la atracción de lo místico por lo que se sigue la imagen de un personaje celeste. A muy pocos les interesa lo que cada un dios significa en la historia de las religiones. Lo que la gente busca es el milagro, lo que ha de darnos a cambio de nuestras manifestaciones de adhesión.

Cuando vemos discurrir por nuestras calles, o dentro de las naves de nuestros templos en forma de procesión esas grandes multitudes que rezan en coro detrás de los símbolos de la iglesia, nos resultan en su actitud, más que en un voto de fe, en una profunda plegaria que pide, que ruega, alguna dádiva celeste.

Todo esto se debe acaso a que no hemos tenido una bien asimilada doctrina de los dogmas católicos. Sólo cuando alguna contingencia abate nuestro espíritu sabemos invocar la caridad o el bien de los dioses en beneficio de nuestros conflictos espirituales.

Seguramente que quienes nos lean habrán de preguntarse con impaciencia cuáles son nuestras más estimables virtudes. Para dejar contestada esta penosa interrogación, debemos de declarar, sin temor a ser injustos, que nuestro país es un medio francamente cargado de excepciones.

Sin embargo, no consideramos ahora que sea tarde para una fructuosa modelación, vivimos en un centro de civilización que ha de cambiar nuestras modalidades ét-

## RAFAEL DAMIRON

nicas. Queramos que no, tendremos que incorporarnos al pensamiento que hoy rige nuestros destinos. En el plano en que estamos colocados hoy tenemos que aceptar la filosofía de la ciencia social contemporánea: civilización o muerte.

Murados ya los cauces que hace poco solían despararramar torrentes convulsivos contra el esfuerzo humano, destruyéndolo todo, aniquilando toda esperanza, nada habrá que justifique un estancamiento de iniciativas bienhechoras. Si incrédulos y vesánicos nos ponemos fuera de las actividades que hacen juego con el genial propósito que hoy nos alienta, el desprecio y la maldición de la posteridad serán poco para aquellos que no creyeron en el constante afán de sublimación que hoy ofrece felicidad nunca soñada a la sociedad dominicana.

\* \* \*

Harto penoso sería hundirnos en las realidades históricas de nuestras descoloridas luchas emancipadoras. Por razones de origen debimos ser nosotros la eterna acción enderezada al predominio de la isla. Por nuestros ancestros de herencia hispana, por la mediana cultura de nuestro pueblo, debimos ser antes que una colectividad zozobranante, una fuerza amenazante para nuestros vecinos de occidente.

Se alegará sin duda que éramos demasiado débiles para ello, y que si la obra del miedo que nos inspiraban nuestros vecinos a la postre alcanzó nuestra constitución en Estado libre y soberano, la falta de una conciencia pa-

## NOSOTROS

triótica nos llevó a la anexión a España, con ello, a la discutible y flexible idea de la Restauración que dejó a nuestra capacidad la estructuración de un Estado tan pobre como enfermo y tan enfermo como incohercible.

Hemos querido creer, y de ello da fe nuestra indeterminada psicología, que la sociedad dominicana fué construída por elementos tan heterogéneos que nunca logramos dejar de ser un conjunto de enemigos cordiales dentro del organismo nacional.

Si aún no hemos podido fijar con caracteres firmes el tipo del hombre dominicano, se debe al egoísmo individual, a la ausencia de un orgullo patriótico que nos enaltezca, a la necesidad de reconocer dentro de nuestros mismos valores los que prestigan nuestra condición de ciudadanos de una nación de tradiciones que debieran parecer inmaculadas.

Lo que podríamos denominar cultura dominicana, si es que realmente pudiéramos ufanarnos de ella, es algo tan inocuo que apenas si cuenta con rango destacado frente a la de otros países de este Continente.

En nuestros primeros días había en la Capital de la República Dominicana dos centros de enseñanza que pretendían conducir la educación de nuestra sociedad, el uno fué el Colegio San Luis Gonzaga; el otro, la Normal, alguna vez dirigida por el sabio antillano Eugenio Ma de Hostos. De ambos surgieron figuras que se tragó la vorágine hambrienta de un medio incomprensivo que puso a la grupa de los jefes de montoneras políticas a los



## RAFAEL DAMIRON

pocos intelectuales que salieron de la tutela de aquellos maestros.

De la escuela de Hostos, recargada de teorías iconoclastas, no podemos citar un solo nombre que haya conquistado el reconocimiento de la posteridad. Dijérase que el genio de este sabio continental se situó tan por encima del ambiente que pretendió iluminar, que más que en luz, se deshizo en destellos. Aún cuando se venere su nombre, aún cuando unánimemente se respete su memoria, no se ha visto en el desenvolvimiento de nuestra sociedad, ni uno solo de sus discípulos que pudiera citarse como creador de algo útil, de algo fecundo, de algo duradero en el espíritu que se creyó influenciado por sus orientaciones y por su sabiduría. Del corazón de aquellas sjembras morales, se destacaron, sin embargo, tiranuelos manejados por camarillas podridas, tan hondamente destructoras del ideal puro que debió servir de pauta al pueblo dominicano, que nos sugiere citar al cierre de este capítulo los versos del más grande crítico de aquellos tiempos, discípulo, por cierto, del Colegio San Luis Gonzaga:

“Arriba, el mandante rey,  
abajo, la real camarilla,  
después, la turba sencilla,  
y más abajo, la ley”.

Este breve resumen denuncia una realidad vivida por el país en la época a que se refiere el poeta.

\* \* \*

## N O S O T R O S

Fué realmente singular el espectáculo que ofrecieron las convulsiones de los primeros años de este siglo en nuestro país. ¡Qué utopía! Era fuerza de orientación en medio de nuestra crisis de serenidad, el escritor colombiano José María Vargas Vila, de cuyas obras se tenían aprendidos las generaciones de entonces, capítulos enteros. Su literatura era algo así como aguardiente nuevo para emborrachar la juventud de estos pueblos de América.

¡Cuál de aquellos que se consideraban hombres del futuro no habían leído al autor de "Clepsidra Roja" y de "Ibis"!

No conocer estos libros constituía una indolencia cívica lamentable. Jóvenes vimos en aquellos tiempos que confundidos con las balas de su cartuchera llevaban un ejemplar del recalcitrante autor de "Flor del Fango" para deleitarse con su lectura a la luz escasa de un vivac.

La influencia de este escritor espectacular penetró de tal suerte en el espíritu de nuestra juventud, que acaso a ello se deba el sacrificio de muchas vidas embriagadas con el tósigo siniestro de tan detentadoras doctrinas sociales.

Otro autor que sin duda dió obras valiosas por su casticidad y por su tenacidad en el palenque de la prensa suramericana, fué don Juan Montalvo, tan personal en sus ideas y en su interés dentro de la política ecuatoriana, que difícilmente hubo de encontrar puntos de contacto apreciables en el distinto panorama que ofrecían los problemas políticos de nuestro país.

## RAFAEL DAMIRON

Si Hostos, Prud'homme y Reynoso parecieron olvidados por el espíritu de sus pocos discípulos, queremos creer que Vargas Vila trastornó el alma de muchos que optaron actitudes rebeldes para servir las pasiones de más de un bárbaro erigido en director de la conciencia popular dominicana.

Esto que decimos acaso parezca exagerado ante los ojos de aquellos que no lograron ver el panorama terrible de nuestro pasado. Para llegar a comprender la verdad de nuestras consideraciones es preciso haber sufrido las catástrofes sentimentales que confundieron nuestra juventud. Se necesita haber visto muchos patíbulos; muchos ciudadanos aherrojados en inmundos presidios y haber soportado, además, la supremacía del hombre que carbina al hombro, transitaba por villas y aldeas, como dueño y señor, y como única garantía de la decencia refugiada en la más profunda desesperación.

\* \* \*

Como no podemos menos que ajustarnos a la más pura sinceridad, ya que ningún interés especulativo nos ha pedido escribir sobre los particulares que hoy nos ocupan, seríamos incapaces de negar el espíritu romántico que predominaba en las clases selectas del pasado. El círculo de imposibles con que el convencionalismo de la política había obstaculizado al hombre soñador de fines del siglo pasado y de los comienzos del presente, hacía que no tuviera más refugio que el inútil ensueño. *Espadas son triunfos*, he aquí la consigna de los árbitros de la

## NOSOTROS

vida pública dominicana. Frente a tales designios emergía en el cuadro de las actividades generales, como cosa inerte, el fruto de la pobre escuela de aquellos tiempos.

Víctor Hugo, Gautier, Maupassant, Baudelaire, Balzac, Musset, y toda aquella pléyade de tipos embebidos en el espiritualismo de la época del romanticismo francés, quedaban para envejecer en cualquier rincón de su ambiente, sin lograr incorporarse al conjunto de las colectividades electivas encargadas del hueso huidizo y completamente descarnado de las instituciones nacionales.

Cada escuela era a la manera de un ventorro en donde se expendían ideas de segundas manos, tan mal asimiladas, tan torpemente captadas, que quien tuviera el encargo de propagarlas como semillas de bien, moría de miseria con las ridículas retribuciones que se le asignaban, casi simbólicamente, en los presupuestos del Estado.

Cuando se firmó la Convención Dominico-Americana de 1907 para que el Gobierno constituido pudiera aclarar el verdadero estado de las finanzas del país, se adeudaban al profesorado de primera enseñanza de la República más de dos años de sueldos. A cambio de ello, hecho ley aquel monstruoso tratado, se puso de manera piadosa en las manos de estos infelices directores de las escuelas públicas, un documento de reconocimiento por valor de un diez por ciento de sus legítimas acreencias. Este crimen, obra del estrecho y arbitrario criterio de aquella administración, fué considerado como una gracia divina en beneficio de la familia inmensa del magisterio con que contaba el país.



## RAFAEL DAMIRON

De la entraña podrida de aquella política en que las masas populares sólo intervenían cuando se las esclavizaba para llevarlas como manadas de ciervos a morir en los campos de batalla por una divisa desacreditada, o para el sostenimiento de un régimen efímero, sin más propósito que el de su perpetuidad en el Poder, se edificaban las bases de los Gobiernos de entonces.

Frente a estas realidades monstruosas, ¿qué papel correspondía a aquellos que iluminados de ensueños seguían a un cabecilla provinciano elevado a la categoría de agente decisivo de la felicidad nacional?

La función del individuo que había elegido un plan de cultura estimable para actuar en la sociedad, no alcanzaba alternativa entre los grupos montaraces que la política premiaba para mantener en pleno ejercicio de matonismo al grupo de malhechores que lo sostenía.

De modo que situándonos en un plano de observación sin propósitos mezquinos, tendremos que darnos cuenta de ese descenso, en cuyos últimos peldaños se encontraba el país, cuando la ocupación americana y desarme general, nos impusieron un alto en el camino de desconciertos de cuyo espeso lodo inútilmente se pretendió reaccionar más tarde frente al movimiento cívico que echó por tierras los últimos vestigios del caciquismo, expulsando del escenario político del año 1930, la truhanería militante.

No fué sino hasta hace muy pocos años cuando los dominicanos descreídos pasaron a ser un coeficiente efec-

## NOSOTROS

tivo sin discriminaciones de clases en el desarrollo de la vida nacional.

El pobre campesino nuestro que tantas veces ambuló por los caminos sobre la muleta que lo ayudaba a andar después de haber caído en una refriega convulsiva, ¡cuántas veces sucumbió plagado de gusanos que le comían su carne fuera del amparo de la sociedad y de los auxilios de la ciencia que ahora está al alcance de todos por igual en el territorio de la República!

Nosotros podemos hablar de cuanto aquí apuntamos porque compartimos con los hombres de ayer sus penalidades y sus incertidumbres. Al lado nuestro vimos caer más de un amigo que si se le hubiera preguntado por qué moría, se hubiera encogido de hombros para contestarnos resignado:

—¡“Qué se yo...”!

No podríamos negar, ni dejar de ufanarnos de que fuimos parte representativa de la élite intelectual que floreció a principios de este siglo. Nosotros, como otros tantos, vivimos del acaso, éramos a modo de flor de un cactus sobre la esterilidad de las piedras.

Tejimos versos sobre el montón de guijarros de una cantera en donde apenas ganábamos para comer; hicimos madrigales a más de una incierta musa escribiendo sobre la culata de un *remington*. Y todo esto sin que nos alentara ninguna aspiración. La fuerza del ambiente nos empujaba hacia el torbellino, y quizá, si nos hubiera ruborizado aparecer rezagados frente a las actividades trágicas de aquellas horas.



## RAFAEL DAMIRON

De manera que nuestra función de supervivientes de esta serie de catástrofes sociales, nos pone frente a un montón de cuartillas para ver si resucitamos en medio de los escombros que dejamos atrás.

Pocas veces nos contamos entre los íntimos de aquellos de cuyas manos dependía la suerte del país. Pero no tememos a la responsabilidad de haber actuado con sincera lealtad al lado de aquellos arquetipos de nuestra vida convulsiva.

Nacimos pobres, y moriremos probablemente en la indigencia. Para nosotros la política no fué un negocio, aunque sí fué, a la postre, un deporte hartamente funesto.

En sus luchas, en el debate de los intereses que cada uno representa, ya con las armas, ora con la pluma, preferimos siempre que se nos odiara, a que se nos tuviera lástima.

De ahí que en el transcurso de los largos años vividos hayamos cosechado tantas decepciones.

La política obliga a veces, a tolerar al lado de uno a muchas personas de origen bajo, sabiendo que en el correr de los días, la traición y la envidia, la cobardía y la fuerza de las taras sociales inesperadamente elevadas, al fin nos herirían por la espalda.

Alguien dijo cierta vez, en que la República estaba perfectamente respaldada por el caciquismo, que "la política no tenía entrañas". Este era el peto con el cual se escudaba la ingratitud de los dirigentes ajenos a toda moral humana. Naturalmente, los que tales preceptos mantenían en las altas y bajas de la política, ya están en-

## N O S O T R O S

terrados, enterrados sin una lágrima sincera, sin derecho a ser citados como cosa ilustre en la historia política de la República Dominicana.

Ahora, después de todas estas consideraciones nuestras, consideraciones enderezadas a un fin ilustrativo para las generaciones presentes, escribimos en este instante de transición en que el panorama de la vida dominicana ha cambiado para aparecer como entidad cierta en el conjunto de los pueblos libres del mundo, indudable es que sepamos de dónde venimos y hacia dónde vamos.

\* \* \*

Aquel campesino analfabeto que muchas veces figuraba en los archivos de un registro civil como cosa existente, o existida, ya no es la eterna carne de cañón que se obligaba a una victoria sin provecho, o a una derrota desorientada y sin cuartel.

Frente a la carretera que pasa invitándolo a iniciativas productivas, comienza a creer que ha pasado de ente miserable, a ciudadano de una Patria nueva.

En vez del tambor de la manigua que turbaba el reposo de su sueño, lo despierta el ruido de un motor que le reclama moverse en provecho de su casa, de su tierra y de sus hijos.

Y es que ya el fango del camino no entumece sus piernas ni anquilosa sus músculos. En cada aurora nueva ve una promesa que lo invita a sacar de la entraña de su tierra el fruto honroso del sudor de su frente.

Ningún instante más propicio para que nosotros de-

## RAFAEL DAMIRON

diquemos nuestras vigiliass a la evocación de lo que éramos frente a lo que somos.

Aún no hemos sino tocado a grandes rasgos las imposturas que ofuscaron nuestro pensamiento, cuando impelidos por las diabólicas fuerzas del ambiente que rodeó nuestra juventud, creímos servir noblemente a la sociedad si lográbamos ser una unidad latente entre las ruinas morales que nos circundaban.

\* \* \*

Lo que se produjo después de las conquistas de la Independencia y de la Restauración de la República Dominicana, ajenas de grandes mártires, desprovistas de ambiciones cívicas que cuajaran una heroica leyenda, y ya lisiadas por el egoísmo de nuestra disconformidad, no fué más que una larga y triste sucesión de caídas lamentables. Se negó a Santana; se discutió a Duarte; se vió morir en el patíbulo a Sánchez, y Mella, cuya figura endeble aún no ha logrado la crítica serena de los historiadores, apenas si resisten el análisis de un patriotismo generoso frente a la escasa justicia que los ha juzgado.

A pesar de nuestro afán de deleitarnos con las leyendas épicas de nuestro pasado, no hemos logrado saber, no el nombre de quienes las supervivieron, sino el de aquellos que no existieron o no supieron sobresalir en las hipotéticas cruzadas que debieran hoy servir de motivos interesantes para la crítica o para la historia de nuestra emancipación.

Nuestro país apenas si tiene de dónde sacar la con-

## N O S O T R O S

tribución de la sangre vertida en los campos de guerra que produjeron la derrota de nuestros esclavizadores. Para los que quedaron vivos sólo hemos escuchado la palabra enferma de sus comentaristas, mientras que para los que acaso murieron por la Patria frente al enemigo, dijérase que una sospechosa indiferencia los ha dejado sepultados en la realidad sin elocuencia de sus tumbas.

¿Fué nuestra Patria la obra de un milagro?

¿Fué la consecuencia de una tenaz lucha de sus hijos?

¿Fué la creación de una campaña libertadora modelada a sangre y hierro, como lo han sido siempre las cruzadas en pos de un supremo ideal?

No nos arriesgaríamos a dejar contestadas estas interrogaciones que posiblemente estén aún suspendidas entre dos paréntesis profundos: la verdad de los hechos, y la honradez de los historiadores.

No ignoramos hasta qué grado pueda herirnos el silencio que encubre el origen de ciertas fallas de nuestra historia. El miedo a la verdad suele ser cómplice de las más intolerables deformaciones de nuestra vida pasada.

Pero como estamos en un período de honradas depuraciones, de justas rectificaciones, contra todo lo malo que se nos pueda atribuir, si se nos llamara a filas, contestaríamos: ¡presentes! para deponer sinceramente ante el tribunal de las rectificaciones históricas, sin temor de la verdad que se nutre de claridad para encontrarse a sí misma, y producirse, ya curada de vicios y mentiras convencionales.

Harto fácil ha sido para quienes se han manifestado

## RAFAEL DAMIRON

interesados en la historia dominicana, atenerse a referencias que destilan recelos y siembran dudas terribles al margen de la verdad que se persigue. Para ellos preferimos adentrarnos en el plano desde donde hemos contemplado más de medio siglo, para comparar como una saludable referencia en obsequio de los hombres del presente, la forma evolutiva con que hemos logrado llegar hasta estos, acaso últimos días de nuestra existencia.

No nos cansaremos de andar y de regresar dentro de la órbita que limita nuestra memoria. Es grandemente útil poder aquilatar la fuerza de energía que ha contribuido a la realización de las transformaciones sociales alcanzadas por la República del presente.

La historia viva, clara, sin rodeos que debe conocer el hombre actual ha de ser vertida con grandes caracteres por una mano ajena de temblores irresponsables. Hay que vaciarla como ella se produjo, desde su principio, recargada de baches, de lacras, de vicios, de abandono, y de automenosprecio, para llegar a comprender la magnitud del esfuerzo que hoy demuestra la obra ascendente que en plena acción viene prometiendo al país días de sólida prosperidad.

La muerte de Ulises Heureaux para quitarle el Poder, hizo esperar que quienes la consumaron, habían sido iluminados por un sublime ideal y por un indiscutible sentido de absoluta democracia.

Para lograr la fuerza de autoridad que personalmente el tirano caído representaba, se hizo el ensayo payasesco que dió a luz al gobierno provisional que sucedió a la

## NOSOTROS

dictadura. Advinieron tres Gobiernos, cuatro Gobiernos, y después del año 1903, algo peor que la tiranía se hizo dueño de la vida, de la paz, de los intereses y del porvenir de la Patria, ello fué, la anarquía.

Entre los años 1899 y 1930, se ensayaron las peores desvergüenzas políticas: golpes de Estado; traiciones, levantamientos revolucionarios; alianzas bastardas; subastas del honor de la República; bombardeos de fuerzas exóticas sobre la tierra dominicana; intervenciones del Departamento de Estado Americano; miembros del Senado de Estados Unidos en plena ciudad Capital de la República Dominicana, haciendo interrogatorios a los espontáneos partidarios de una oposición que quería el Poder aún a costa de la libertad de la Nación; reconcentraciones arbitrarias; pignoración de las aduanas por un tratado impuesto a filo de sable que arrebató al país su libertad hasta el día en que la presencia de un hombre nuevo en el escenario político, comenzó a vencer paso a paso, y patrióticamente, cuantas afrentas manchaban nuestra historia.

De ahí que pensemos, sin miedo a caer en un error de apreciación, que sólo a partir de 1930 dejaron de ser tristes ensayos los esfuerzos realizados para la conquista de nuestra auténtica emancipación.

\* \* \*

Ya hemos dicho en las primeras páginas de este libro, y alrededor de nuestras peculiares características, que este es un país de excepciones. Si de tal suerte nos hemos



## RAFAEL DAMIRON

arriesgado a calificarlo, no ha sido por un mero capricho ni para hacer una frase antojadiza.

Ya habrá notado quien nos honre con su atención que hemos tratado con preferencia las fallas endémicas de nuestra psicología, de nuestras debilidades, y muy especialmente, de eso que nunca nos cansaremos de repetir, nuestra falta de aspiración.

Para un dominicano colocado fuera de las excepciones que nos hemos permitido establecer, la vida está limitada por muy pocos anhelos grandes, tímido, conservador y con gran temor de lo que para él representa el futuro, la posesión de una casa en qué vivir y de una pequeña renta, constituirían su más completa felicidad. Contrario a otros medios, a otras razas, y a otra educación, jamás arriesgará en negocios ni evoluciones de gran trascendencia económica lo que para él constituye el colmo de su vanidad y posible blanco de la envidia de quienes no tengan lo poco que a él lo coloca libre de la miseria.

Cuando parece que consideramos nuestro país como un desierto obscurecido por la ignorancia que hemos padecido, lo hemos hecho forzados por la realidad que nos ha circundado desde que tuvimos capacidad para discernir; ello, sin embargo, no ha podido obligarnos a desconocer los valores de excepción que conocimos en dos períodos excepcionales también de nuestra vida, y que de no haber sido interrumpidos por la brutalidad que ha malogrado siempre las mejores intenciones, algo sólido hubieran dejado en la conciencia social dominicana. Estos dos instantes se insinuaron y parecieron palpitar con

## N O S O T R O S

alientos de vida entre los años 1882 y 1899. El otro período parece comprendido entre los años 1908 y 1912. Quizá ha habido otras épocas pródigas en manifestaciones culturales que no debíamos ignorar, pero que como nos hemos propuesto atenernos a las cosas observadas durante nuestra existencia, vamos a dejar a quienes tengan los conocimientos necesarios para escribir a todo lo largo de la historia de la República, desde su descubrimiento hasta la hora que estamos viviendo.

En el primer período que antes hemos indicado se destacan como figuras potenciales que atrajeron el interés público, estos hombres ilustres: Francisco Gregorio Billini; Fernando Arturo de Meriño; Alejandro Woss y Gil; Manuel de Js. Galván; José Gabriel García; Emiliano Tejera; Apolinar Tejera; Lucas Guibbes; Peña y Reynoso; Arturo Bermúdez; César Nicolás Penson; Félix del Monte; José Joaquín Pérez; Arturo Pellerano Castro; Federico Henríquez y Carvajal; Francisco Henríquez y Carvajal; Enrique Henríquez; Eugenio Deschamps; Bartolomé Olegario Pérez; Federico García Godoy; José Ramón López; Miguel Angel Garrido; Emilio Reyes; Rafael y Gastón Deline; Hipólito Billini; Moreno del Cristo; Rafael Justino Castillo, y algunos pocos más a quienes la tempestad política que cerró su época, se encargó de cubrir de sombras y de olvido.

Esta élite era sin duda de gran pujanza, pero dado el abismo existente entre lo que podríamos denominar su clase, y la que parecía impenetrable por estar compuesta por las colectividades que palpitaban en el organismo na-

## RAFAEL DAMIRON

cional, era demasiado débil para imponerse al negativo espíritu de las masas dominadas por infundios tradicionales que las cubrían los ojos sin que pudieran atravesar las brumas para colocarse formando una avanzada prometedora de una fecunda evolución.

La política, que tenía que valerse de los resortes enmohecidos que formaban la conciencia de las clases inferiores, burló los más iluminados propósitos. Quienes fueran entre los pocos ya enumerados un gran pensador, un gran orador, un gran poeta, o un paladín de sólidas ideas democráticas, han ido quedándose enterrados por la ingratitud de sus sucesores, o desconocidos por la insignificancia erigida en árbitro de la valorización biográfica que a cada uno de aquellos personajes sobresalientes correspondía.

De la generación que encuadramos entre los años 1900 y 1912, y que se nos antoja colocar dentro de los tipos de excepción que hemos establecido, tenemos a Américo Lugo; Fabio Fiallo; Tulio Ml. Cestero; Francisco J. Peynado; Jacinto B. Peynado; Jacinto de Castro; Gabino Alfredo Morales; Pelegrín Castillo; Horacio Vicioso; Porfirio Herrera; Juan Tomás Mejía; Apolinar Perdomo; Ricardo Pérez Alfonseca; Rafael O. Galván; Federico Bermúdez; Quiterio Berroa; Mariano Soler y Meriño; Primitivo Herrera; Osvaldo Bazil; Arturo Logroño; Lorenzo Despradel; Víctor de Castro; Víctor Garrido; Max y Pedro Henríquez Ureña; Furcy Pichardo; Emilio García Godoy; Valentín Giró; Andrés Julio Aybar; Alcides García Lluberés; Manuel Arturo Machado; Raúl Abréu;

## N O S O T R O S

Miguel Joaquín Alfáu; Juan Elías Moscoso; Julio Piñeyro; Fco. Moscoso Puello; J. Humberto Ducoudray; Félix Servio Ducoudray; R. César Tolentino; Vicente Tolentino Rojas; Gustavo A. Díaz; Fabio A. Mota; José M<sup>a</sup> Pichardo ; Juan Bta. Lamarche; Ramón Emilio Jiménez, y algunos más que el egoísmo de las generaciones que les han sucedido han pretendido desacreditar en detrimento del significado esfuerzo que los hizo sobresalir por encima del anonimato en que luego se les ha querido sepultar.

Estos dos grupos que han sido, a pesar de tanta cosa que se ha opuesto a su brillante existencia, sin embargo, no determinaron una evolución definitiva del país. Huecos pequeños abiertos por la sensible paz que a ratos daba vagar a sus espirituales manifestaciones, fueron llenados más tarde de mugre por la obsesión insensata de la improvisación audaz que sin producir nada valioso, aún se obstina en afirmar que si algo de ellos resplandece en la noche del pasado, es de tan débil fuerza que no será de ninguna orientación.

En este aspecto, como en todo lo que exija un noble desprendimiento intelectual, somos tan leales a la negación, que con muy determinadas tolerancias, son consideradas por las pacotillescas mentalidades del presente, sin ninguna trascendencia.

Podríamos afirmar que estos complejos insistentes tendrán que ceder frente a la activa difusión de cultura que hoy cuaja definitivas esperanzas en los laboratorios científicos y espirituales de los sistemas educativos puestos a andar por la constante conciencia que durante más



## RAFAEL DAMIRON

de dos décadas se ha impuesto marcar un camino amplio y permanente a la capacidad intelectual de la juventud del presente.

No importa que se oponga a este designio la irresponsabilidad de aquellos que engraidos por la tolerancia se consideran intocables en su labor disolvente contra lo que no es posible desconocer con honradez.

Sería torpe y antipatriótico admitir que en la mesa de un café público, con la consigna de un ágape ambulante, se hiciera valer el precitado *desiderátum* de quienes por sí, se han constituido en amos de la verdad espiritual de la hora en que vivimos.

El verdadero historiador, el noble pensador que ha de marcar la relativa existencia de una inquietud capaz de producir grandes cosas, acaso esté en la Universidad. Felizmente no tendrá hoy por delante los escollos del analfabetismo que tantas veces han hecho naufragar los más sinceros propósitos, ni tampoco se le opondrán los infundios del tipo montaraz que puedan torcer sus destinos. Esto no ha de tener junto a la lámpara que alumbraba su camino, el fantasma de la pereza que se niegue a oír cuando con el alma cargada de sanas ambiciones, se lance en pos de una gloria que ha de ser tan hermosa para él como para los precursores de la revolución social que nos ha puesto a discurrir sendas que se bifurcan con proyecciones de luz, penetrando hasta el fondo del más remoto rincón de nuestro territorio.

Así como nuestro pasado está recargado de imposturas porque nos faltó un sincero pensamiento al estimar el

## NOSOTROS

degradante y envilecido concepto de su propia vida, la hora decisiva que marca hoy la iniciación de esta Era que ya madura frutos en verdadero sazón, ha de constituir los trazos de nuevos horizontes, de vuelos hacia cumbres antes consideradas inaccesibles y que son a manera de pedestales en donde suelen descansar los empeños de grandeza que ahora prestigian el país.

Si contrario a lo que hemos dicho al referirnos a nuestros días de ayer, nos manifestamos emergiendo de un espontáneo optimismo, no se vaya a creer que buscamos acomodación en el engranaje nuevo del presente. Ya hemos dicho, que la vida en el plano en que nos ha situado el calendario, más que un mirador, nos resulta una cruz. Nada esperamos ya de la existencia. Hundidos en el refugio de nuestras evocaciones, ni la piedra ni el hacha están guardadas en ningún rincón de nuestro pensamiento. Nada tenemos que afilar. En la humanidad que nos protege, ya no hay en donde sembrar; hemos notado que si removiéramos la tierra que pisamos, sólo encontraríamos en su fondo un tibio manantial de lágrimas.

Cuanto aquí negamos, y cuanto aquí afirmamos, es obra de un observador curado ya de obligaciones para con lo convencional.

Seguiremos, pues, entrando y regresando por entre las encrucijadas de nuestras recordaciones.

En nuestra memoria lucen aún como en las eternas estrellas, luces que sólo apagará la muerte, por eso quisimos hurtarles a ellos un poco de lo que inevitablemente nos llevaremos a la tumba.

## RAFAEL DAMIRON

En el pequeño esbozo en el cual reunimos las figuras más destacadas de los años comprendidos entre el año 1882 y 1899, y en el que arranca de 1908 a 1912 quizá alguno se nos haya extraviado en el recuerdo por lo cual no lo hemos mencionado. De ninguna manera cometeríamos adrede la supresión de ningún intelectual valioso. Ojalá haber encontrado más, porque ello haría menos pobre el cuadro que nos ha sido posible presentar.

\* \* \*

Innegablemente disfrutamos hoy de una paz, que si para muchos ha sido regalada y pródiga en beneficios, para su constructor ha constituido una constante vigilia en aras de una reconstrucción nacional que lo hará inmortal en la historia del país.

Dentro de esa paz, por primera vez el elemento intelectual ha encontrado sitio preferente para cooperar en el significativo progreso que hoy sirve de orgullo a todos los dominicanos. Antes de esta administración, ser un intelectual, ostentar título de poeta, de tribuno o de escritor, significaba una renunciación frente a todas las actividades públicas del Estado. El artista vivía el arte por el arte; el pintor se consumía en la pobreza de su estudio; el orador sólo tenía como precio el aplauso de la minoría que gustaba de las manifestaciones espirituales de su época; el escritor o el periodista, vivían al margen de los problemas del Estado. Su voz se perdía sin que lograra tocar las insensibles fibras del corazón de la clase dirigente.

## NOSOTROS

Hoy, con el discurrir de los veinticinco años que va a cumplir la ERA DE TRUJILLO, más de un poeta, más de un periodista, más de un profesional, se han visto ocupando las posiciones más importantes de la administración pública. Ahora no es el General que degolló todo derecho humano quien principalmente ocupa las honorables posiciones del Gobierno. El tipo que improvisara el asalto, o que cuajara la demagogia imperante para imponérselo a la sociedad, ha desaparecido, y con caracteres definidos, del escenario gubernamental. Fruto de esa labor incomparablemente civilizadora es el grupo de nuevos intelectuales que hoy figuran preferentemente en el desenvolvimiento de los asuntos del Estado.

Nos permitimos, para demostrar lo que hemos escrito, darle turno distinguido a los representantes de nuestra evolución intelectual comprendida a partir del año 1912 y que tuvo su inicio más feliz en los comienzos del año 1930.

Quizá la época transcurrida a partir del año 1912 hasta 1930, signifique la más cruelmente castigada por la vorágine de la política que destrozó cuanto de bueno y sano pretendió hacer menos repugnante el forcejeo de las pasiones partidaristas que nos llevaron a la ocupación de un ejército extranjero.

Del año 1912 al 1916 el pueblo dominicano era un conjunto de vesánicos obsedidos por la conquista de un Poder en degradada bancarrota. Fué dentro de ese período cuando desde el más ignorante campesino hasta el



## RAFAEL DAMIRON

más ilustre señor, olvidaron su bandera y la paz de su espíritu para ofrendar cuanto estaba a su alcance al nombre de un caudillo.

Horror nos da contemplar desde esta cima del presente el derrumbamiento moral que nos dejó abatidos frente a las bayonetas invasoras.

La política acuchillaba fría y sistemáticamente los restos de la Patria que zozobraba al azar.

Sería imposible traer a nuestra pluma los detalles de tanto impudor cívico.

Los dominicanos se mataban como enajenados en donde quiera que sentían afectadas sus simpatías por un barato paladín de montonera. Si nos pusiéramos a contar cuántas vidas sucumbieron en estas luchas, no acabaríamos nunca.

La verdadera fuerza, la que hubiera podido ser capaz de levantar un muro de contención contra aquel río de sangre y de miserias, estaba en las mayorías populares que sus dirigentes embriagaban de rencor para mantener vivas las llamas de un incendio que convertiría, como convirtió, en polvo, el culto de la Patria. Y evocamos tanta tragedia para que se encuentre la razón de nulidad que mantuvo inerte todo propósito de bien nacional.

Cuántas veces, acodados en la mesa de un Club, o protegidos por la penumbra de la ciudad entristecida, encontramos como despojos de una creciente irreductible, a uno o más poetas que recitaban versos para sus-

## N O S O T R O S

traerse del ambiente que los sumía en el detritus de la catástrofe social que todo lo afectaba.

Solo la resignación en sentimental aislamiento, podía entonces poner en la negra noche que vivía, el arrullo de una armonía amorosa, o el intento de una ensoñación.

Por ello tenemos tan poca cosa que traer a estas páginas que hablen de aquellos espíritus selectos que supervivieron a la tormenta.

\* \* \*

La ocupación americana obligó a una paz impuesta a cuantos provocaron el abuso de su presencia en nuestra vida. En los ocho años de su función arbitraria, ¿cuál actividad que no fuera la de una angustia íntima podía mover las alas de un poeta, la palabra de un tribuno, o la pluma de un periodista?

Suprimida hasta en sus más secretas articulaciones la vida de la prensa nacional, ¿qué podían hacer los hombres de letras, que con ser los menos fuertes, fueron los pocos sobre quienes jamás cayó la responsabilidad de la tragedia de la supresión de nuestra soberanía?

Esperar, como esperaron, creyendo que del espantoso atropello surgiría una ideología curada de resabios atrabiliarios.

Los opresores se fueron, y cuando aún no se habían borrado sus huellas sobre las arenas de las playas dominicanas, surgieron de sus madrigueras, nuevamente, los viejos caudillos para revivir el fanatismo.

Seis años pasaron después de este suceso, y ellos sólo

bastaron para que pusiéramos de manifiesto nuestro anhelo de retroceder a la política de color que por sus modalidades hacía recordar la historia denominada de *Los Seis Años*.

Dentro de este ominoso cuadro, como figuras que ya hemos calificado de excepción, surgieron algunos talentos brillantes, tan fuertes que por su valor genuino, se adelantaron para engrosar las filas de los nuevos valores, que en número discreto son orgullo de la pródiga época que se inicia en el año 1930.

Ellos son Joaquín Balaguer; Ramón Emilio Jiménez; Virgilio Díaz Ordóñez; Enrique Hernández; César y Rafael Herrera; Julio González Herrera; Tomás Hernández Franco; Pedro René Contín Aybar; Jaime Lockward; Máximo Coiscou, Manuel A. Peña Batlle; Luis H. Valdez; Fernando Garrido; Domingo Moreno Jiménez; Germán Soriano; Ml. Emilio Suncar Chevalier; Manuel Del Cabral; Freddy Gatón Arce; Antonio Fernández Spéncer; Armando Oscar Pacheco; Héctor Incháustegui; Fco. Prats Ramírez; Manuel A. Amiama; Pedro Troncoso Sánchez; Juan Francisco Sánchez; Emilio Rodríguez Demorizi.

En nuestra tierra como en la mayor parte de los países de América, hasta hace muy pocos años, la gran familia de los colonos ejerció profunda influencia en la vida de la sociedad. A no ser por el movimiento migratorio que siguió a la amenaza de nuevas invasiones haitianas, seguramente que aún nos gobernaría el Señor que

## NOSOTROS

se repartió, obteniendo el privilegio de los Amparos Reales, nuestras tierras, nuestro gobierno, y nuestra función de elementos capacitados para el disfrute de una clara y evidente ciudadanía.

Viajando por la América del Sur hemos comprobado que a pesar de los años y de las transformaciones del continente, el destino de muchos de esos países no ha cambiado de manos. Una selecta serie de apellidos ha figurado siempre a la cabeza de sus pueblos. El indio, hoy más que antes el negro nuestro, vive tan lejos de los negocios públicos como el esclavo que importó nuestro colonizador.

El problema social, aunque muchos escritores afirman lo contrario, es en América del Sur, algo como una fatalidad. El gran señor existe aún, en el engranaje social de muchos pueblos de América, y se verá con frecuencia que en cuanto disponga de fortuna, tendrá bajo su protección y autoridad al indio resignado y desfigurado que sufre en silencio la anulación de sus derechos y la exigencia tiránica de sus deberes.

Todo esto se excusa con el argumento peregrino de un amor a lo típico que realmente nos parece algo inhumano.

Si es cierto que despierta curiosidad la vida del aborigen dentro de las manifestaciones de progreso de muchos centros suramericanos, no lo es menos que ya es hora de que las razas, por igual, se incorporen a las actividades de la civilización.

En nuestro país el gran Señor que creó el colonato



se fué desvaneciendo a golpes de insurrecciones, obligado frente a su insistencia a dejar enterrada en rincones secretos la poca fortuna en oro sonante que poseía. Quizá esta precaución se debía a que no dejó de pensar nunca en regresar al dominio de esta sociedad, y porque no perdió la esperanza de que alguna vez nos viéramos bajo el yugo esclavizador de nuevos amos extranjeros.

Fué el negro dominicano uno de los primeros en deshacerse de la esclavitud logrando más amplia posición en el movimiento social que siguió a la primera evasión de las fuerzas haitianas; pero como realmente su capacidad no hubiera dado apoyo a otra vida de la que él prefería hasta hace muy poco, no era otra cosa que una rémora intangible dentro de los primeros ensayos de soberanía que débilmente cuajaron el Estado dominicano.

Alcanzamos algo que no podía estar oculto ante nuestros ojos ya suficientemente abiertos para ver más allá de la superficie social. Hace menos de medio siglo que el campesino negro de ciertas regiones del país dejó de ser un estorbo para el funcionamiento de la maquinaria política que regía los destinos de la República.

El campesino de nuestras selvas, aislado por su incomunicación con los centros urbanos, se ignoraba a sí mismo. Para declarar su edad desconocía la fecha de su nacimiento, y para ofrecer un dato aproximativo sobre ella, en vez de decir, nací el día tal, del mes tal, de tal año, ingenuamente confesaba que según los informes recogidos entre sus familiares había venido al mundo cuando el ciclón denominado con el nombre de algún santo,

## NOSOTROS

dejó derrumbado el techo de la casa en que vivía. Para él no había fecha que abarcara con precisión su verdadera edad. La única noción que tenía de los días en que vio la luz tenía que remitirla a un suceso trascendental de la vida de su familia o de su aldea.

Era muy limitada su idea del derecho que le daban las leyes, pero era más maliciosamente ignorante sobre los deberes que ella le imponía.

Cuando comenzó el fomento de la industria azucarera en el país, abandonaba su bohío para caminar cuarenta o cincuenta leguas con un calabazo de agua, *una raspadura*, y lo que pudiera robar en su largo viaje, como toda alforja. En tres o cuatro días, pisando sobre dura soleta, llegaba a la presencia de un capataz que durante toda la zafra de un central lo contrataba a un precio tan irrisorio que apenas le alcanzaba para regresar a sus predios con los tristes ahorros que su dominio del hambre le permitía.

Las leyes de protección social que hoy garantizan al peón de una finca, medicina, hospital, casa y seguros humanitarios, no eran cosa capaces de imaginar. La mentalidad estéril del antiguo campesino nuestro hubiera considerado como una utopía el logro de beneficios tan distintos de su función de ciudadano.

Como quien tirara una carretada de piedras cerca de un edificio a construir, ellos se amontonaban en el cruce de un camino para ceder a la primera oferta que recibiera a cambio de su trabajo. Si se enfermaba segura-

mente sucumbiría entre las garras del más grande desamparo. Mucho era que se cavara una fosa en cualquier sitio del bosque para ponerle fuera del contacto de los vivos.

Y si tal acontecía cuando sus modestas ambiciones lo conducían por los soleados caminos en busca de un sustento agrario y escaso, ¿qué no sufriría cuando por una disposición gubernativa, o revolucionaria, se le obligaba a ser actor de los más sangrientos dramas de nuestras convulsiones?

Nuestro país hace medio siglo carecía de hospitales y a quien por desgracia le tocaba caer herido en una refriega, quedando abandonado diez horas, un día, dos, dentro de la maraña de nuestros bosques, la mano de un ignorante curandero constituía su única esperanza. Si la herida era profunda se disponía como único antiséptico la aplicación de un trozo del corazón de una penca de maguey, que peor que el fuego vivo lo hacía retorcerse de dolor. Si lograba vencer su infortunio, seguramente iría a engrosar la dolorosa falange de pordioseros que apoyados en una muleta, vivirían de la piedad pública.

Frenté a todo esto, que es versión de la más elocuente realidad, ¿cuál ha de ser nuestro pensamiento ante las conquistas que hoy transforman el panorama de la vida nacional?

Nosotros no pretendemos con estas consideraciones alabar la grandeza de un hombre superior ya tan justamente biografiado por otros. Nuestro propósito primor-

## NOSOTROS

dial consiste en establecer las diferencias que existen entre las épocas pasadas y la fecunda ERA presente.

Los más subyugantes lineamientos de un gran gobernante son los que su obra de gobierno ha realizado en favor de sus contemporáneos y en beneficio de un futuro cada día más risueño y más propicio para gloriar la Patria inmortal que otros convirtieron en lágrima y miseria.

Ya hemos dicho que cuanto aquí dejamos escrito es a la manera de un obsequio en el cual si no se advierten ventajas para nuestros sucesores, por lo menos, testimonian la gratitud que nos envanece al poder indicar en dónde está la verdad de nuestra historia y la realidad de nuestra soberanía.

Hemos hurgado ya dentro de mucho aspectos de nuestra vida y nos proponemos continuar con la misma imparcialidad que nos caracteriza marginando cuanto pueda servir para hacer un estudio comparativo entre lo existido ayer y lo existente hoy en la vida de nuestro país.

No recordamos si alguna vez hemos hablado muy superficialmente sobre lo que nos proponemos someter a la honrada crítica de las mentalidades del futuro.

Se trata de los métodos que se practicaban para la organización de lo que antes del régimen presente, se denominaba ejército nacional, labor que tenía aspectos trágicos por lo brutal y arbitraria.

Según la importancia de la ciudad era el número de los componentes de las fuerzas militares con que los Gobiernos contaban para contrarrestar cualquier agresión

## RAFAEL DAMIRON

subitánea. Un regimiento, un batallón, una compañía, un pelotón, así se denominaban los grupos uniformados que la Secretaría de Guerra y Marina repartía sobre el territorio dominicano para responder del orden y la seguridad de la sociedad.

La vida de un soldado de línea, como se le llamaba hasta el año 1916, era positivamente una penosa renunciación de comodidades espirituales y materiales para aquellos que no pudieran en alguna forma evadir las obligaciones del servicio militar.

Un soldado era un pobre hombre ridículamente vestido, profundamente hambriento, lamentablemente triste. Dormía casi siempre en el suelo, o sobre un camastro de madera plagado de chinches, pulgas, caránganas y piojos. De su ínfimo salario tenía que comer lo que una bodega provista de los más ordinarios alimentos le vendía a precios onerosos; si caía enfermo era conducido a un hospital de emergencia en donde se carecía de lo más indispensable: médicos conscientes, medicinas apropiadas, atenciones piadosas y sobre todo, higiene.

En tales circunstancias su único pensamiento era desertar de las filas del ejército, y esto constituía un crimen que era castigado con el patíbulo. De modo que de tales medios no es necesario tener gran talento para suponer el fin.

Este cuadro macabro era harto conocido por toda la familia dominicana.

Al ejército regular lo denominaban *El Fijo*, y ser llevado a sus filas, era como una maldición.

## NOSOTROS

Como a los jóvenes de las principales ciudades de la República les era fácil mantenerse fuera de los reclutamientos decretados por los Gobiernos, era el mozalbeta campesino la víctima preferente.

El miedo mantenía en zozobra permanente a los padres, madres y hermanos de aquellos cuya edad fuera apta para prestar servicio militar. De modo que en cuanto se sabía de la presencia de los encargados de engrosar los cuarteles del ejército, el monte espeso, la montaña distante, un escondite seguro, eran las únicas formas de rehuir las requisitorias del Gobierno.

Cuando se lograba reunir un grupo de jóvenes campesinos, era llevado bajo custodia hacia los cuarteles lejanos. Si era tiempo de guerra, en seguida se le entregaba un fusil y se le colocaba en el sitio de mayor peligro. Volver la cabeza durante una refriega le ponía entre dos fuegos, el del enemigo que lo atacaba, y el del revólver del oficial que lo conducía al combate.

Cierta vez en que nos paseábamos por los campos de las regiones del Sur entre El Hatico, Cambronal y Neiba, vimos muchos hombres vestidos con trajes femeninos y se nos ocurrió preguntar a un viejo de aquellas comarcas a qué se debía ese fenómeno, pues creíamos que se trataba de hombres invertidos; pero moviendo la cabeza negativamente nuestro interlocutor nos contestó: "Eso es para que no se los lleven al *"El Fijo"*".

Era norma de los Gobiernos condenar sumariamente a la última pena a los desertores, como hemos dicho antes, y para hacer más cruel su ejecución, el reo era con-



ducido al lugar en donde nació para que sus familiares se enteraran de lo que podría pasarles a quienes infringieran las disposiciones gubernamentales.

Pensará nuestro lector que exageramos cuando narremos estas tragedias; resultan tan increíbles hoy, que es difícil creernos sin reservas.

Demos, pues, un salto y coloquémonos treinta años después de cuanto hemos venido refiriendo.

El miembro del ejército actual, que comenzó a organizarse científicamente en el año 1925, bajo una dirección civilizada, consciente y responsable, es indiscutiblemente un ciudadano con aspiraciones y con derecho a alcanzar los más envidiables honores. Entra a formar parte de las fuerzas militares espontáneamente, y desde que vistē el primer uniforme, su ideología y su moral alcanzan una transformación sorprendente. Vive vida higiénica; disfruta de atenciones que difícilmente encontraría en su casa; su alimentación es abundante y rica en proteínas; duerme cómodamente; se ejercita en deportes; dispone de magníficos hospitales, y lo mismo que cualquier otro ciudadano, dispone para su aseo personal de todos los elementos que los adelantos modernos ofrecen a las clases distinguidas.

Con cuánto orgullo disfruta de una licencia para regresar al seno de los suyos que algunas veces residen en una lejana aldea a la cual llega para hablar a su madre, a su padre, a sus hermanos y a sus amigos de su dicha de ser soldado que es francamente garantía de paz y de orden para su Patria.

## NOSOTROS

Se siente colocado en un plano tan distinto del soldado de ayer, que no es posible poder establecer comparaciones.

Nosotros podemos hablar de estas cosas con bastante conocimiento. En el año 1901 hasta principios del año 1903 fuimos cadetes de una escuela militar que el Gobierno creó con propósitos de imprimirle nueva orientación al ejército nacional.

Una revuelta echó por tierra el régimen legal establecido, constituyó un gobierno provisional, y resolvió clausurar la Academia Militar a la cual pertenecíamos.

Hubo más tarde, en el año 1905, una escuela náutica que desapareció también entre las garras de nuestro incurable instinto disolvente.

La flota de guerra de la República la componían tres vapores de guerra: "El Presidente", "El Independencia" y "El Restauración", este último hundido cerca del puerto de San Pedro de Macorís.

Desde el año 1901 los dos cruceros que quedaron no valían lo que en su sostenimiento se gastaba, sin embargo, fueron conservados para trasladar tropas irregulares de una región a otra en épocas revolucionarias. Sus cañones no servían más que para hacer salvas, o para atemorizar la gente de tierra que era contraria al régimen en el Poder. Rendían diez nudos por hora, algo menos que cualquier embarcación de vela empujada por el viento.

Tales eran, sin omitir ningún detalle importante, las bases efectivas de nuestras fuerzas militares sin agregar-

RAFAEL DAMIRON

les los sinnúmeros defectos que harían risible su existencia.

\* \* \*

Ahora queremos traer a estas páginas el complicado sistema del comercio dominicano.

Había dos formas de hacerse ricos en los negocios comerciales del país: la usura, y el fraude. Las aduanas del país eran fuentes propicias a las desvergonzadas manipulaciones del contrabando. Robaba el oficial de aduanas, el Celador, y como el Interventor era el más beneficiado en estas truhanerías, nada resultaba tan falso como el balance cerrado mes por mes en ese Departamento del Estado.

Naturalmente, todo esto acontecía porque la indiferencia de algunos Jefes de Estado era lujosamente retribuida. Los Interventores de aduana eran siempre favoritos del régimen, seleccionados por su capacidad moral para disimular la más punible desorganización.

De tales fuentes surgían las más poderosas firmas comerciales del país. Mientras más espléndido era el negociante favorecido con estas transgresiones, más rápidamente aumentaba el capital de sus cómplices.

Para estas transacciones se prefería al comerciante extranjero, ya que su discreción era para las posibilidades de estos expedientes, un aporte en efectivo más amplio y mejor remunerado.

Nosotros vimos cierto día en que un golpe de Estado echó por tierra al Gobierno constituido provisional-

## NOSOTROS

mente, a un reconocido paladín de nuestras revoluciones que apenas pasadas las primeras manifestaciones de la asonada triunfante, reunió a su lado un pequeño grupo armado que lo siguió para apoderarse de la aduana como de una fortaleza enemiga.

Para él no había hueco más subyugante entre los distintos departamentos del Estado que el cargo de Interventor de Aduanas.

Lograr la posesión de una sinecura tan jugosa era el colmo de las aspiraciones de un político de aquella época.

Este cuadro con todo el aspecto de un saqueo parecía no tener solución de continuidad hasta cuando por consecuencia del *Modus Vivendi* establecido en el año 1906, las aduanas pasaron a la vigilancia de los interventores extranjeros que se hicieron cargo de la administración de sus rentas.

A pesar de esto, y por encima del indiscutible celo que pusieron los nuevos funcionarios aduanales para evitar las infracciones que ya hemos enumerado, el fraude contra el Estado no dejó de ser una calamidad nacional.

Con la creación del Departamento de Rentas Internas, que tenía el encargo de asesorar la producción de la industria licorera en el país, se creó también un nuevo sistema fraudulento. A expensas de esto no fueron pocas las firmas que centuplicaron su capital, burlando la ley que les imponía una crecida contribución que jamás ellos pagaron honorablemente.

No fueron pocos los empleados del Gobierno y los dueños de licorerías que cayeron en la cárcel por sus fla-



## RAFAEL DAMIRON

grantes infracciones, sin embargo, sin temor al riesgo que corrían en sus manipulaciones, el Estado era perjudicado incesantemente.

Durante la Ocupación Militar del Ejército de Estados Unidos se desarrolló una campaña titánica contra todas estas clases de fraudes contra el Estado. Consecuencia de esta lucha fué el crecimiento de las entradas fiscales y de los impuestos de Rentas Internas.

Pasada la Ocupación Militar, como si se hubiera repicado glorias en favor de los ladrones, el Estado Dominicano volvió a ser víctima de las peores pillerías de parte de los fiscalizadores de sus rentas.

Nosotros tuvimos en nuestras manos cierta vez en la cual dirigíamos un periódico de esta Capital, un documento que probaba a todas luces una de las formas más indecentes de robarle al Estado. Era una copia fiel de una factura comercial firmada por el Jefe del Depósito de Suministros del Estado por valor de \$5,500.00 que debía pagarse a un comerciante que jamás entregó las mercancías que allí figuraban y que con el visto bueno del Director del Departamento correspondiente, fué pagado por la Tesorería de la Nación. Este documento no era ni el último ni el primero de cuantos sirvieron para enriquecer las arcas del comercio y mantener los vicios de los empleados desleales que de esta suerte cumplían sus funciones.

Fué en el Gobierno que terminó en el año 1930 cuando caco tuvo su mayor preponderancia. En el Departamento de Suministro del Estado y en el de Rentas Inter-

## NOSOTROS

nas fueron tan descarados los fraudes cometidos que a una simple llamada que hicimos en un editorial de nuestro periódico, llamando la atención del Jefe del Ejecutivo, fueron sustituidos muchos empleados que en vez de ser sometidos a la justicia y castigados debidamente, pasaron a ocupar puestos importantes en otro departamento de la Administración Pública.

Traemos a estas páginas estos recuerdos, para que se entere nuestro lector de las razones que nos asisten al hacer alardes de la probidad con que hoy se manejan los intereses del Estado.

Ojalá no haber conocido estas tristes y lastimosas miserias del hombre del pasado, ellas nos ahorraría una gran parte de la animadversión que a veces en silencio quisiera fulminarnos.

Con todo, consideramos que es patriótico cuanto hacemos para colocar en la balanza de las comparaciones las continuas caídas de nuestro ayer frente a la persistente reacción del bien que hoy rige nuestros destinos.

En nuestro país no hay odios eternos ni cariños que no se extingan. Cuando por desgracia cae un personaje bajo el peso de la acusación de un delito, en cuanto lo vemos frente al juez que ha de juzgarlo, comenzamos a sentir simpatía por su desgracia. El tiempo pasa, y pocas veces quien fué un inevitable delincuente aparecerá más tarde confundido y sin demostraciones de arrepentimiento, con la gente decente de la sociedad.

Somos egoístas y tolerantes, aún cuando parezca paradójica esta afirmación. Basta que uno cualquiera esté

## RAFAEL DAMIRON

situado a una pulgada más arriba de nosotros, para que en seguida lo envidiemos; pero si por lo contrario lo vemos caído en la indigencia y con un poco de resistencia psíquica, entonces murmura a su alrededor el deseo de hacerle un bien.

Quienes han robado al Estado pocas veces son radicalmente considerados como delincuentes, y por ello no han sido poco los que en el país se hicieron de fortuna por medios sucios contra la administración pública.

En épocas no lejanas, antes de la feliz iniciación de este régimen, todo parecía encontrar solución si se ponía en juego un poco de dinero, y esto era porque la sanción pública iba esfumándose con los días, y además se tenía entendido que hurtarle sus dineros al Estado no era crimen, sino habilidad.

En ningún instante fué más repugnante la corrupción política que cuando se constituyó el Congreso Nacional que terminó en 1930. Con grandes excepciones, hubo muy pocos representantes que no pusieran precio a su voto cuando se trataba de una ley encaminada a la realización de una obra costosa.

No olvidaremos nunca la frase con que el Creador de esta Era paró de golpe una audaz insinuación de un representante del viejo Congreso de la República: "EN MI GOBIERNO NO PODRAN SER MIS AMIGOS QUIENES NO SIRVAN AL PAIS POR EL PAIS MISMO".

Y esto ha sido cabalmente cumplido.

El cumplimiento de esta frase que categóricamente

## NOSOTROS

marcó la fuerza moral en que se ha apoyado el nuevo régimen, ha producido frutos de tan grandes magnitudes para la sociedad dominicana, que no hay quien pueda señalar la menor debilidad en el cumplimiento de este precepto reformador.

\* \* \*

Permítasenos ahora escribir algo alrededor de nuestra agricultura:

Hasta el año 1930 los alimentos de primera necesidad para la familia dominicana eran importados. Arroz, frijoles americanos, garbanzos, papas (patatas), carne de Montevideo, eleomargarina y mantequilla suiza, aceite, una gran cantidad de manteca, ajo y cebolla y otras provisiones más que no vale la pena enumerar.

Estos efectos pasaban de la mano del comerciante o agente de los exportadores extranjeros, a las manos del detallista, agregados los gastos consecuentes a este movimiento de las provisiones, hacía que la vida fuera más costosa y a las veces más difícil.

La tierra valía muy poco, el trabajo menos, y su cultivo mal preparado y de peor rendimiento.

Los únicos productos de nuestra tierra que ofrecían margen a negocios de alguna importancia eran el cacao, el tabaco, el guayacán, la caoba, el cedro, y algún poco de café que se producía en las montañas de Barahona, Baní y Moca.

El tabaco dominicano logró abrirse paso ofreciendo opimos beneficios al comercio exportador del Estado,



## RAFAEL DAMIRON

de ello obtenía el campesino cibaño muy reducidos beneficios a causa del agiotismo de los agentes extranjeros que lo explotaban. Lo mismo ocurría con el cacao.

El café, que desde sus primeros ensayos tenía gran demanda, era casi siempre conducido a los mercados italianos, y por efecto de un pequeño monopolio establecido para sus negociaciones, si algún beneficio ofrecía al campesino, resultaba lamentablemente pobre.

Otra línea de negocios hubo que por su complicación fué poco desarrollada hasta el establecimiento de la compañía "Habanero Lumber" en Barahona.

Anterior a esto era muy difícil la forma con que se explotaba el negocio maderero en el país. Para cada pieza de caoba o cedro que se ponía a punto de embarque se necesitaba un esfuerzo heroico. No había muelles en ningún puerto del Sur, y los embarques se hacían formando balsas que se conducían cerca de la borda del buque atadas a la cintura de un experto nadador que tiraba de un cable hasta ponerse en contacto con los que tenían que recibir esta pequeña porción de un cargamento.

La adquisición de cada una pieza de madera de las clases ya enumeradas, constituía una lucha que sólo los hombres curtidos y fuertes de aquellas regiones podían resistir.

Para extraer de las serranías de Bahoruco una pieza de caoba, había que trepar grandes alturas, ya en ellas, con un hacha y al compás de una tonada campesina, caía el árbol a tierra, se le despojaba de los ramos inútiles, y de un risco a otro caía, al fin, en la vereda sobre la cual

## NOSOTROS

una yunta de bueyes amaestrados la llevaba al camino real. De este, a la playa, en donde era labrada, y de ahí, al agua, para formar una cantidad que se mantuviera compacta sobre la superficie del mar, para ser depositada en la bodega del barco.

Para estas operaciones en las playas del Guanabacoa y en las de la bahía de Neiba, había que aprovechar tiempo bonancible, ya que el menor movimiento de las olas hacía imposible toda labor.

Nosotros fuimos testigos, en los finales del siglo pasado, del encallamiento de un bergantín noruego que ya listo para hacerse a la mar, quedó inmóvil sobre una montaña de rocas submarinas que rompieron su quilla para ponerlo fuera de toda actividad.

La tripulación del navío permaneció en las playas de aquel puerto por más de tres meses. Era lo menos que se necesitaba para comunicarse de allí a la oficina de los negociantes en este ramo, y de ésta a la casa europea que había contratado este cargamento.

El negocio maderero en el país era en aquellos tiempos una perfecta aventura, que sin embargo, aumentó la riqueza de muchos comerciantes que a esto se dedicaban.

Transcribimos este cuadro para que nuestros lectores se enteren del valor de los adelantos de hoy, y de la garantía que respalda a aquellos que en el país se dedican a algún negocio lucrativo.

Y en tales circunstancias, ¿cómo vivía el país, se preguntarán muchos?

## RAFAEL DAMIRON

Y nosotros, descomponiendo esta interrogación: cómo agonizaba el país!

Como todo lo que vive al margen del progreso, de la paz, de la justicia y de la equidad.

Quizá el hombre de hoy creerá, si no se ha tomado el trabajo de estudiar la historia nacional desde estos diferentes aspectos sociales, que lo que hoy tienen es un milagro, o un hallazgo. Poco trabajo cuesta aceptar estas conclusiones sin medir lo que ha sido menester para alcanzar la posición en que nos encontramos.

Uno de los temas que debieran ser preferentes en nuestras escuelas, es este: cómo surgió esta Era.

Cuáles beneficios nos ha ofrecido.

A qué debemos el engrandecimiento general de nuestro país.

Aprendidas las respuestas que son lealmente del caso, no hay duda de que todo joven dominicano abrazaría con más intenso cariño la bandera fraterna bajo cuya sombra nos hemos venido colocando desde el año 1930.

\* \* \*

Siempre hemos creído que lo que mayor número de deberes impone a un hombre es el disfrute de una bien entendida libertad. Ella será siempre una conquista, no un hallazgo, alcanzarla es el colmo de las glorias humanas; pero conservarla, será siempre el más delicado y serio sacrificio de un ciudadano.

En nuestro país, como en muchos otros del mundo,

## NOSOTROS

la palabra libertad ha servido para halagar multitudes que pocas veces saben disfrutarla conscientemente.

De esta palabra se ha hecho frecuentemente un arma agresiva, o un escudo, pero casi siempre quienes de tal suerte se la tienen, el logro de un derecho exclusivo para imponerlo a los demás, una esclavitud apoyada por leyes convencionales que crean el monopolio de facultades excepcionales para unos, y la obligación de arbitrarios deberes para otros.

En nuestro país el hombre vivió durante muchos años como bestia salvaje, sin Dios y sin ley. Fuera de las zonas urbanas cada quien tenía su código de vida personal, no regía lo que hoy se llama comunismo pero sí lo que podría llamarse *comuniónismo*. Si quería hacerse de un fundo para sembrar a su antojo, iniciaba una tumba, luego la talaba, más tarde la *habitaba* y por último, la convertía en lo que para él sería *conuco*.

Lo mismo que él, hacía su vecino más cercano y sin título que le diera propiedad, allí, más tarde levantaba un *rancho*, trazaba una vereda, y por su conservación se jugaba la vida y la de los suyos.

Y si esto ocurría con la tierra, no era menos parecido lo que era costumbre y ley en el uso de las aguas de los ríos.

Quien tuviera la paciencia de desviar un poco de agua para llevarla a su cercado, era alabado como hombre esforzado y de incomparable voluntad.

La *rigola* era de quien la hacía, y el provecho que ella rendía era también suyo. Como allí todo era de to-

dos por igual, nadie se permitía en todos los alrededores de su vecindario a discutir este derecho. Se tenían aprendida una sentencia inapelable que servía de soporte a sus derechos: *la posesión vale título*.

De manera que no consideramos erradamente calificado este aspecto social cuando lo denominamos *comunismo*.

Por supuesto, lo que acontecía con las aguas y con las tierras resultaba también con la explotación de la madera preciosa, con la caza, con los palmares, cuyas pencas servían para cobijar la casa, la enramada o el bohío rústico.

Este *comunismo*, como es lógico, creaba el tipo del vago campesino, rémora social que se oponía a todos los adelantos de la vida y a todo intento de justas reglamentaciones.

Para ellos esto constituía su libertad, su libertad de acción que nada ni nadie le podía arrebatar.

La posesión de un arma de fuego, de un *sable de cabo* y de un cuchillo, era para el hombre rural y para una gran parte de la clase media de los centros urbanos, otro aspecto de su libertad suya.

Con estos elementos era propicia su contribución al sostenimiento de un Gobierno, o la realización de una revuelta armada. Terminada la una, o la otra, con buen o mal éxito, regresaba a su fundo *sin* que le cupiera ninguna responsabilidad. Los intereses políticos triunfantes buscaban su apoyo y lo que entonces se convertía en normalidad protegería su libertad de acción.

## NOSOTROS

Estamos refiriéndonos ahora a un pequeño sector del cuerpo social que constituía el país. En seguida nos vamos a permitir traer a estas páginas lo que para otros significaba esa libertad tan flexible de que el hombre dominicano pretendía siempre disponer.

Existía en las regiones del Sur lo que sus moradores denominaban *Marché*, mercado ambulante que cada día se ofrecía en una aldea distinta y en el sitio de ella que resultara más cómodo para los negocios que allí se practicaban.

Generalmente estos eran establecidos por gente de Haití que cruzaba las fronteras de aquel país y el nuestro sin necesidad de pasaportes, ni de ningún otro documento de identificación. Era un negocio de contrabando indolentemente consentido por las autoridades dominicanas. Para su fácil desenvolvimiento circulaba como cosa ya convenida, la moneda haitiana, hasta en las cabeceras de provincia como Azua, Barahona y Montecristi y en algunas comunes como Neiba, San Juan, Comendador, Las Matas, Duvergé, Enriquillo y casi en toda la línea noroeste. Esto era considerado como atributo genuino de una libertad de comercio que nada podía destruir.

En estos marches se ponían a la venta productos de origen francés, perfumes, telas finas, u ordinarias con los cuales competían los comerciantes turcos, como así se les llamaba a los de origen árabe, sirio o libanés.

No nos hemos enterado de cuál clase de contribución imponía el Estado Dominicano a estos traficantes errabundos, pero tenemos la certidumbre de que algunos be-



## RAFAEL DAMIRON

neficios personales derivaban de ello las autoridades nacionales.

Lo que venimos describiendo lo estuvimos mirando hasta el año 1899, era política del régimen de Heureaux.

Venida al suelo nuestra moneda, la haitiana alcanzó un gran crédito en las regiones antes mencionadas, sin valor ninguno los billetes de banco del Gobierno que terminó en el año 1899, sólo circulaban con positiva garantía, la moneda haitiana y algunos billetes emitidos por los Centrales azucareros de Azua.

De modo que ya verá nuestro lector en lo que consistía eso que se denominaba por aquellos lares libertad de comercio.

Si nos diéramos a recordar un poco alrededor de lo que significaba esta palabra que encabezaba todos los manifiestos políticos del pasado, como una garantía en todas las actividades de la vida, veríamos en seguida lo que significaba para la política y para sus apóstoles.

Vamos a traer aquí, un ejemplo por demás elocuente: la libertad del pensamiento; la libre expresión de las ideas, etc., etc.

¿Qué era esto?

Un derecho que cada uno se atribuía para expresar su opinión respecto del régimen político establecido, o contra cualquier ciudadano de la República.

Si no habían ataques contra la reputación de un gobierno, o de un ciudadano, no se disfrutaba una verdadera libertad dominicana. Ella tenía forzosamente que

## N O S O T R O S

manifestarse desollando con voluptuosidad la piel hasta tocarle el alma a su víctima.

La tribuna pública, que era una de las fortalezas desde las cuales se vomitaban calumnias, acusaciones y ultrajes, era la mejor forma de considerar existente la libertad dominicana.

Un discurso que no hería, que no levantaba ronchas, que no excitaba a las masas para ir contra alguien o contra algo, se consideraba como un fracasado intento de la libertad dominicana.

Tal apreciación de los espirituales derechos del hombre, consagrados por revoluciones positivamente reformadoras, costaron no pocas desgracias a nuestra sociedad.

Se editaban periódicos de todos los tamaños, diarios, interdiarios, bisemanales y mensuales, con el único objeto de que cada uno tuviera con qué hacerse de su libertad.

Un tribuno que no tuviera en la punta de la lengua un termocauterio era cosa desabrida y sin ningún valor.

Esa libertad dominicana, de la cual muchos aún se lamentan, no solamente ofendía al hombre de lucha, también se colocaba por los intersticios de los hogares para manchar su honor, para intrigar las familias y para destilar su hiel contra todo lo que no estaba a la medida de las pasiones de la libertad dominicana.

Pensar en ello, ahora cuando la sensatez parece triunfar de aquellas anomalías sociales, es como rehacerse cobrando nueva vida y sentirse dichoso de haber alcanzado, no aquella libertad dominicana que tantos confundieron

## RAFAEL DAMIRON

con el libertinaje, sino la libertad proclamada por el hombre de bien, respetuoso y mejor intencionado.

“Qué cima de ayer a lo presente” imitando al poeta, exclamamos hoy estudiando la evolución alcanzada por la sociedad dominicana.

\* \* \*

Si pudiéramos penetrar en el concepto íntimo de cada un emigrante europeo, o de otra raza que no sea la ibérica, que pisa nuestras playas, aún cuando la razón de su presencia en ellas obedezca a otras fuerzas que las que debemos considerar como las de un espíritu conquistador, poco extraño sería que al ponerse en contacto con la gente nativa, pensara que es superior a ella.

Sin posibles excepciones, ningún europeo, lo mismo que ningún norteamericano, aceptará como inexistente la desaparición de los problemas raciales en nuestro país. Por tradición y por educación, vivirá siempre en el error de que su posición de extranjero, lo coloca muy por encima del habitante de nuestra tierra.

Hay muy pocos dominicanos ricos y sobran muchos ricos extranjeros. Sobran los que después de algunos años de convivencia con nosotros, resuelvan alejarse del país llevándose una enorme fortuna.

En todos los países de América que han tenido la precaución de colocarse en sitio preferente en los negocios públicos, el extranjero es patriótica y cuidadosamente observado, porque si es innegable y constante su dedicación al trabajo, no lo es menor que nunca debiera con-

## NOSOTROS

vertir al criollo en colaborador inferior para el logro de esas riquezas que a la postre no harán más que servir para engordar soberbias y estimular menosprecios frente al elemento nativo.

Hay dos tipos de extranjeros que debiéramos colocar dentro de diferentes planos en el desenvolvimiento social de la República, son ellos, el que viene a radicar en ella y a invertir dinero para explotar una industria, y el otro, el que viene, como dice el indú, "con el tesoro de sus manos vacías", para ofrecerlas como un favor a cambio de privilegios que le den personalidad muy otra de la que él disfrutara en su propia tierra.

El primero de estos viene a correr un riesgo, el segundo viene a proponerlo.

Si frente a ambos no somos suficientemente discretos en concesiones, el uno, lo mismo que el otro, a la postre, nos impondrán una servidumbre ruinosa que rebajará nuestra individualidad convirtiéndonos, más tarde, en simples servidores de un extraño señorío.

Para el hombre europeo y para el norteamericano, las razas están condenadas a una discriminación caprichosa. No hay modo de que para ellos, dentro de su más pura sinceridad, sea lo mismo un mulato, o un negro, que un blanco. Solo cuando una mezcla profunda lo ligue a nuestros ancestros, aceptará sin frenada repugnancia el nivel de igualdad que le impone la naturaleza.

Nosotros padecemos la desdicha de no saber erguirnos frente al hombre extraño que nos habla. Nos inclinamos demasiado a aceptar sus preceptos como infali-

## RAFAEL DAMIRON

bles y somos demasiado ingenuos cuando consideramos como un honor sus relaciones.

De ahí que hayamos sido tan desventurados en la proporción económica con que se retribuyen las mismas labores y el mismo esfuerzo con que nos unimos a ellos para echar a andar la más fácil empresa.

Nosotros, particularmente, no sentimos animosidad contra el hombre que elige para sus actividades nuestro territorio, muy contrario de eso, somos partidarios de que se cultive una inmigración constante, que se le dé apoyo, que se le preste ayuda y garantía, para que no se dé lugar a que tan pronto como pisa nuestra tierra, considere que llega a un nuevo mundo de conquista. Que venga a ser nuestro protegido en la lucha por el progreso que ha de beneficiarlo, que cruce su sangre con la nuestra y que, al contemplar la bandera nacional, vea el símbolo de una Patria Nueva.

Para ello es necesario que se estudien leyes que nos reserven de los audaces que se entremezclan siempre entre la gente de buena fe que aspira a una nueva vida, llena de futuros propicios para sus herederos. De otro modo, no haremos otra cosa que tomar a préstamo un consorcio que, al fin, nos resultaría muy oneroso.

Se hace muy frecuente en la solicitud de un empleado en las oficinas de las grandes empresas, el conocimiento de un idioma extranjero.

No creemos que ello sea perjudicial para el concepto de nuestra capacidad; pero sí consideramos, que tan inconsecuente condición es casi ofensiva. Y si nó, que-

## N O S O T R O S

remos preguntar, ¿qué pensaría de nosotros el extranjero que leyera en nuestras leyes que es indispensable el conocimiento del idioma del país a todo aquel que quiera ejercer la dirección de un negocio, sea cual fuere su índole y su aspiración?

Seguramente que la consideraría un movimiento de retroceso en nuestra vida de país civilizado.

Nunca hemos visto en la prensa de Estados Unidos del Norte, por ejemplo, que se advierta la indispensable condición de conocer el idioma ruso, o el japonés, para poder alcanzar una colocación en su movimiento comercial. Lo que sí es indispensable en cualesquiera de los Estados que hemos mencionado, es el conocimiento de su idioma.

Nosotros hemos tenido muy poco cuidado en observar una conducta disciplinada frente a estos problemas. Aún vive en nuestra memoria el caso de los médicos dominicanos con títulos de doctores de París, que cuando se encontraban junto al lecho de un paciente, no hablaban en otro idioma que no fuera el francés. Por suerte esto ha dejado de ser, porque ya no basta una actitud especial para que la capacidad del profesional sea considerada más o menos profunda.

Todo esto nos viene al pensamiento frente a la decidida campaña nacionalista con que nuestros estudiantes orientan sus aspiraciones intelectuales dentro de un dominicanismo sólido y sereno.

El hombre que ha conducido la política del Estado dominicano durante estos últimos años no ha optado ac-

## RAFAEL DAMIRON

titudes transaccionistas frente a ningún extranjero. El ha hecho, contrariamente a lo que otros mandatarios practicaban, que los ojos de los extraños se fijan en su personalidad con el respeto que merece su jerarquía.

Cuando está en un salón, su presencia parece llenarlo todo para que su estatura se destaque más alta y más solemne que cuanto lo rodea. Y esto que en él es la posesión de un alto concepto de sí mismo, constituye la fuerza de su patriotismo integral.

Nosotros hemos visto mandatarios dominicanos que en presencia de funcionarios extranjeros se han mostrado tan tímidos y tan apersonales, que nos han llenado de angustia.

Lo que hemos ganado en estos últimos años no podía caber en el delirio patriótico de ninguno de los fundadores de la República. Por ello aún cuando parezca contrario a muchos conceptos de nuestra filosofía histórica, para nosotros, la Patria nació el día en que se inició la ERA que ahora habrá de cumplir veinticinco años.

Si pudiéramos borrar como de un pizarrón la penosa leyenda de nuestro pasado, con cuánta firmeza la suprimiríamos. Desde el año 1930, regresando hasta los días de Colón, hay tanta cosa triste en nuestra vida, que más valdría que de ella no se acordara el hombre del presente.

Habíamos caminado con pasos tardos cuatro siglos para quedarnos atrás en el camino por donde para otros pasó la civilización. De codos a la orilla del mar no habíamos aprendido más que a imitar los peñascos de nues-

## N O S O T R O S

tras costas. La yedra nos hacía inmóviles, y mientras el nuevo mundo se llenaba de auroras, nosotros nos quedábamos en la noche.

¿Por qué no confesarlo?

Ahora ya podemos hablar de todo esto sin que nos llenemos de rubor; ahora sí, ya estamos en movimiento continuo, nuevos alientos nos impulsan a la franca conquista de la felicidad.

El bajel que nos conduce tiene un timonel hambriento de horizontes. Bajemos un telón sobre el pasado y que nuestros ojos sólo sirvan para embriagarse de futuros luminosos.

Estamos escribiendo en un rincón de una casa pobre de un barrio de la ciudad y nos colocamos en una actitud de oteo para abarcar todos los horizontes. Tal es nuestro optimismo; pero como sabemos que cumplimos con nuestra conciencia cuando esto hacemos, ¿qué nos importa lo que a otros haga felices! ¿Acaso no lo somos correspondiendo, también de esta suerte, al derecho de poder aún echar un grano de arena más en las bases del monumento inmortal que hoy tiene en su corazón edificado todo buen patriota?

\* \* \*

Hemos descrito en las páginas anteriores una serie de recuerdos que consideramos útiles para la juventud de hoy, pero no hemos terminado aún.

En nuestro propósito de establecer comparaciones consecuentes frente a la realidad de ayer y las del pre-

## RAFAEL DAMIRON

sente, vamos a tratar de describir otros aspectos de los días anteriores al año 1930.

Si anteriormente hacemos algunas consideraciones respecto de la actitud de una gran mayoría de los elementos extraños que fueron en nuestra tierra clave de muy complicados intereses que importaban a la economía nacional, no hemos querido con ello alentar una animosidad personal contra quienes no fueron responsables de viles explotaciones en nuestro medio. A una gran parte de sus más destacados componentes debemos contribuciones que han servido para arraigar la confianza que siempre es útil para el progreso de la órbita en que se desenvuelve.

La raíz de nuestros antecesores ha impreso en el carácter dominicano una extremada confianza en el azar. Nunca logramos convencernos de que el disfrute de nuestros derechos indelegables no es una cesión, olvidándonos, a veces, de que ello es parte esencial de nuestra naturaleza íntima. Nada vive sin un origen cierto, y si nos diéramos a indagar el nuestro, sería imposible borrar de su punto de partida, lo que la raza hispana puso en nuestra sangre.

Así como en todo hispanoamericano hay una indeleble gota de sangre española, en nosotros, más que en otro alguno de los pueblos iberoamericanos que moldeó el héroe de la conquista del nuevo mundo, es más decisiva, porque de la raza que antes poblara nuestra tierra, nada supervivió. A no ser por la fatal determinación que trajo al negro a formar parte de nuestra conformación, serían

## NOSOTROS

tan puras nuestras características como lo son las que se manifiestan en el alma del más rancio español. Si no se destaca con mayor relieve nuestro origen clásico, se debe, en primer término, a la contribución del africano que vino a poblar gran parte de nuestro territorio, y a que no siempre, entre los españoles que emigraron hacia nuestro país, se incorporaran los castizos tipos de la península madre.

Por ello al discurrir al margen de un tema tan singular hacemos excepción especial dentro del pobre movimiento inmigratorio de otras razas que aquí se quedaron a vivir.

Nuevas orientaciones hoy encauzan relaciones más vigorosas entre España y la República Dominicana. Ojalá ello sirva para que de allá vinieran componentes de esa sólida cultura que fructuosamente nos pondría codo a codo en el esfuerzo común que hoy es para los dominicanos bandera de combate frente al porvenir.

Estamos en un período de milagrosos alumbramientos, y nada podrá arrebatarnos la convicción de que ya no retrocederemos nunca.

\* \* \*

Lo que nos sobra de africanos nos falta de españoles, pero con lo poco que tenemos de los últimos hay fuerza suficiente para que todos juntos formemos un ángulo de excepción en todo el Continente.

El mulato muchas veces mezclado con el blanco, es arrogante y patriota. No lo acomete ni la contemplación

ni la inercia. Como en su conformación sobran anhelos de ser, no hay posibilidad de postergarlo ni contenerlo. Disímil del tipo idoamericano que aún se aferra a una acción de siervo domesticado, aspira a cuanto pueda colocarlo en grado de capacidad y aptitud igual a la del blanco, y quizá, más allá del blanco iletrado, que se afila las uñas sobre el mugre impenetrable de su epidermis.

Nosotros no tenemos por qué aceptar la existencia de un problema racial que estorbe el movimiento progresivo de la vida moderna, y no lo aceptamos, porque en nuestro país no hay negros ni blancos, ni mulatos encasillados en una escala de ascenso o de descenso. Tenemos el tipo criollo, tal vez único en el mundo por el conocimiento de su historia, de sus leyes y de los dogmas morales que la ERA actual ha impreso en su espíritu para borrar en su personalidad toda huella de discriminación que pueda contener sus fuertes alientos.

En la balanza de la Justicia el color de la piel de un dominicano jamás incluye para parcializar el juicio de los tribunales. Lo mismo hay un tribunal compuesto por negros, blancos y mulatos en función de jueces para aplicar las leyes, que delincuentes de los mismos colores que se destacan frente a los magistrados.

De nuestra Universidad sale el tipo criollo con un título alcanzado a base de capacidad. Por eso afirmamos que en nuestro país no hay más que una raza, tan alejada del color como el aire, y es ella, la raza dominicana.

En la dirección del Estado hemos tenido blancos, mulatos y negros. El color de la piel de un ciudadano

## N O S O T R O S

nunca ha sido fuerza de condición moral en el movimiento de nuestra política, y así como vimos a Duarte blanco, a Mella mestizo y a Sánchez, casi negro, formando la trilogía de nuestros libertadores, en la vida social comprobamos la existencia, sin prejuicios raciales, de hombres de verdadero fuste ajenos muy sinceramente al valor de la epidermis de los demás, y de la suya propia.

En nosotros influye más la capacidad del individuo que la calidad de su origen. Y esto que está fundado en los verdaderos principios de una positiva democracia, nos autoriza a creer lo que antes decimos: aquí existe una raza auténtica, y ella es, la dominicana.

El tipo suigéneris de nuestro pueblo es la más elocuente prueba del buen sentido cristiano que nos conduce a una vida sin prejuicios.

¿Qué otro país de América ha resuelto este problema sin detrimento de la igualdad que siempre fué culto en sus innovadores?

El caso nuestro que acaso obedezca a la pobreza del pueblo con que se fundó el Estado, es el mejor exponente de una realidad sin igual en las sociedades hispanoamericanas.

El más destacado título de un miembro de nuestra minúscula familia, apenas si alcanza a anteponer al nombre propio, un respetable *Don*; si se omitió el de *Señor*, fué precisamente porque parecía apartarlo del sentido democrático que influyó en la mente de los precursores de la República Dominicana, era hasta hace poco tiempo el tipo de jefe de familia que por su edad y por su

condición de tronco de un hogar, se distinguía de los demás. Señor, olía a amo, y el amo en nuestra tierra, cuando desapareció, fué para siempre.

La lucha constante de nuestros hombres formados en grupos regionales sobre cada uno de los cuales predominaba la influencia de un cacique, hacía casi siempre una fusión general para convertirse en un frente de acción común contra las convulsiones internas o contra la amenaza de invasiones exóticas, tanto francesas, como inglesas y haitianas, que consideraban fácil su penetración y su dominio en la parte oriental de la isla de Santo Domingo.

La democratización que ha privado en nuestro país, parece más bien la obra de nuestra pobreza que la fuerza de una ambición extraña, inclinada a explotar riquezas de que carecíamos siempre, si se comparaban con las que en otras tierras de América se deban con abundancia a los apetitos de corsarios que infundían hondo temor a los aborígenes que huían a su presencia.

Posiblemente nuestros primeros transformadores tuvieron que reunirse para deliberar en calidad de conjunto dirigente, no en palacios de virreyes, sino acaso en alguna pobre cabaña perdida en el barrio urbano, o en el fundo campesino.

Hay que suponer, que aún para llegar al grito del 27 de febrero de 1844, la esperanza de libertad de los dominicanos, fué más que una diana épica, la queja de una tórtola herida.

Juntos el blanco y el negro, y entre ambos el mulato,

## NOSOTROS

seguramente fueron los precursores de nuestra primera liberación. De esa fusión patriótica no podía surgir, ni por su sangre, ni por su origen, una clase aristocrática, sino lo que al correr de cien años constituye hoy nuestra sociedad. Una sociedad de matices raciales en un mismo nivel de derechos y deberes, con un mismo título de ciudadanos en donde si hay alguna élite predominante, se debe, no a una ley discriminatoria, sino a la superior capacidad de trabajo y de talento que concurren, lo mismo en el negro, que en el mulato, y lo mismo en el mulato que en el blanco.

Y este país, ya en su mayor edad por la autodeterminación que lo caracteriza, ha sido poco propicio a los ensayos de esa corriente comunista que se ha acercado a sus costas y ha tenido que seguir de largo porque se han convencido de que aquí no fructifica la semilla de las revoluciones sociales que otros países de América toleraron para deformar su patrimonio, sus derechos y su fe en los sagrados cultos que nos enseñó de niños la voz de Jesucristo.

Tan maduros estamos ya en la ciencia de gobierno, que nuestras leyes se adelantaron a las clases que pudieran reclamar para sí un sistema de igualdad honrado, ofreciéndoles ayuda para sembrar la tierra; seguros para evitarse una penosa agonía en casos fatales; caminos, puentes, hospitales, escuelas y altos principios que por su índole enseñan a repeler con toda energía toda evolución contraria a sus intereses, que son hoy los intereses de la República.

No han faltado intentos audaces de romper la muralla sobre las cuales ha pretendido clavar sus garras el oso moscovita con intención de socavar la sensatez de nuestra educación cívica.

La perenne labor social de nuestro celoso campeón en las actividades nacionales ha hecho imposible la filtración de esas disolventes tendencias que el comunismo ha puesto a germinar en países pocos convencidos de sus designios, y que a su falta de previsión, deben hoy el envenenamiento de sus masas. Lo que pudiera faltarles aquí para sentirse protegidos por una legislación humana, ha sido la iniciativa oficial, la primera en hacérselo conocer para dárselos, no como a esclavo del Estado, sino como a un ciudadano en el pleno disfrute de todos sus derechos y de todos sus deberes.

Prueba de cuanto venimos afirmando la tenemos en el hecho claramente elocuente de la forma sin presión con que se cubren las contribuciones administrativas. Como el desenvolvimiento económico del país se realiza con una probidad absoluta, difícil es que haya un solo ciudadano que no sepa en qué son invertidos los impuestos existentes, y la forma en que son devueltos en obras que superan la aspiración más optimista.

Si hay un país en América que pueda enorgullecerse de su sólida economía, es el nuestro.

¿Es poco, acaso, poder jactarnos de no ser deudores de ninguna nación extranjera, ni de ninguna institución nativa?

Hace veinticinco años éramos una especie de guiñapo

## NOSOTROS

de nación, sin crédito, sin ninguna garantía, perdidos en las manos de un desmedrado y torpe grupo de Estadistas inescrupulosos, que por el Poder, hubieran subastado hasta el escudo nacional.

Hoy somos una cantera de responsabilidades incorruptibles. Detengámonos un momento a pensar en todo esto, y veremos hasta dónde hemos llegado en prestigio, en crédito, y en respeto frente a los demás países que circundan el nuestro.

\* \* \*

Vivimos a tan corta distancia el uno del otro que no es posible, como ayer, ignorarse a sí mismo. La voz que acompaña el hacha que penetra en el duro tronco de la selva podría ser repetida por quienes la oyen hasta en sus más remotos confines.

La distancia que agobiaba la miseria individual que no le daba ánimo al hombre para emprender rutas de caminos espirituales, que sembraba miedo en la soledad de las montañas, en el hueco de los bosques, ha sido vencida por el himno emulador que recorre el azul de los cielos y las bifurcaciones de la senda trazada por el peso de los motores.

Todos vivimos ya a una llamada oída por el corazón del héroe que es pronto a responder con su mano bienhechora el reclamo de toda legítima esperanza.

Maestros y escuelas, libros y ejemplos de fe, posibilidades por igual para todas las iniciativas fecundas, son

las proyecciones de un programa patriótico jamás como ahora tan sincero y tan cumplido.

Estamos en el año 25 de la iniciación de la Patria nueva y hemos vencido con rapidez nunca imaginada, distancias que antes creíamos imposibles por la obstrucción de la materia intocada y del marasmo del alma descreída.

La República, que hace apenas seis lustros no pasaba de una impalpable teoría de Estado, hoy monta guardia de honor en el concierto de las naciones más grandes del mundo. Quienes la vimos en los bajos fondos de la anarquía, revolcándose en el lodo y en la sangre sin lágrimas ni esperanzas, dejando a cada vuelta del camino pedazos de su bandera, de su independencia y de su endeble vida, somos los más llamados a quedar asombrados frente a su rápida evolución.

Leyendo las páginas de un texto de geografía escrita por José Manuel y Arístides Royo, editado en la librería de la viuda de Ch. Bouret, de París, en el año 1925, encontramos entre otros datos no menos errados, estos que por su desorientación acusan el enorme desconocimiento de parte de hombres tan ilustres respecto a la existencia de nuestra conformación de Estado independiente:

“La República Dominicana se compone de 610,000 habitantes, seis provincias y cinco distritos marítimos”.

Los habitantes de la República Dominicana se distribuían, según estos historiadores y geógrafos, de la manera siguiente:

“Provincia de Santo Domingo de Guzmán, 51,000;

## NOSOTROS

Santiago, 72,000; La Vega, 58,000; Azua, 16,000; El Seibo, 15,000; Espaillat, 18,000; Puerto Plata, 25,000; Montecristi, 14,000; Barahona, 7,000; San Pedro de Macorís, 25,000, y Samaná, 7,000".

Refiriéndose a la provincia en donde está situada actualmente la Ciudad Benemérita de San Cristóbal, a la cual da el historiador la denominación de FONTAINE-BLAU de su país, a siete leguas de la capital por ferrocarril, tenía entonces según sus datos estadísticos 15,000 habitantes y grandes palacios.

Estas referencias, copiadas de la página 289 del mencionado texto, resultan una innegable demostración de lo ignorados que éramos cuando en el año 1925 los dos profesores colombianos ofrecieron un estudio tan lamentablemente equivocado.

De igual suerte se nos llamaba indiferentemente Haití o Santo Domingo, y con una irresponsable impunidad se confundían las dos repúblicas que componían el territorio que desde varios siglos eran absolutamente diferentes en sus costumbres, en su idioma, y en su ideología.

¿Por qué?

Sencillamente porque nuestra vida, oscurecida por el atraso que la caracterizaba, no invitaba al interés de un estudio sereno y minucioso. Eramos casi un promontorio ignorado alrededor del cual la civilización sesgaba su trayectoria, condenándonos a los más irritantes infundios históricos.

¿Culpa de quién?

## RAFAEL DAMIRON

De nosotros mismos, que encenegados en una incuria degradante alimentábamos la discordia y la anarquía con un salvaje concepto de nuestra función de cosa viva en medio de la realidad de un continente, cuando sólo nos faltaba lo que le ha dado hoy el impulso patriótico de un Mandatario excepcional, que ahora marca con sus manos, como las de un cronómetro, la hora de su propia determinación.

Sabemos, y de ello no nos arrepentimos, que al discurrir de este modo al margen de nuestra existencia, hacemos sangrar heridas cuyas recientes cicatrices guardan profunda sensibilidad; no ignoramos que más de un espíritu demagogo tratará de subvertir la intención de nuestras finalidades, empeñadas en mostrar las úlceras que antaño nos impusieron una anquilosis que parecía incurable. Quizá si hasta haya quienes condenen la entereza de nuestras conclusiones; pero si hemos de ser honrados, la única forma de exponer a la luz de la verdad la acción extraordinaria de estos años de gobierno que se cumplen ahora en el 1955, es la que hemos elegido para colocar en la balanza de las más puras consideraciones, el caos de ayer, y la luz meridiana que hoy hace tanta claridad sobre el presente como lisonjeros nacientes en el futuro de la Patria.

Así como bastaría a un ciego la mano de un inocente lazarillo para transitar por entre las abigarradas multitudes que protege el equilibrio de una perfecta organización urbana, sobran hoy a los ojos del más negligente visitante del país, orientaciones que pudieran conducirlo a

## NOSOTROS

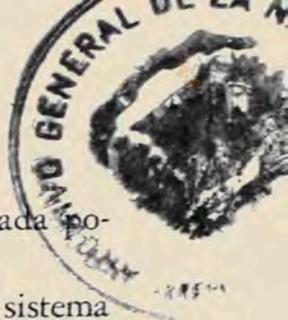
la realidad, sin estorbos, de la sólida y disciplinada posesión de nuestros destinos.

Custodia de este ordenamiento cívico lo es el sistema político que ha sometido a normas de estrictas garantías los esfuerzos del hombre de trabajo, las iniciativas de los profesionales honrados, y el éxito magnífico de toda empresa inspirada en el bien social que sirve de brújula a la reconstrucción del país.

Quien esto escribe ha vivido los más difíciles, los más cruciales momentos de nuestra evolución, y se tiene por sabido la magnitud del esfuerzo desarrollado para encontrarnos hoy como un ejemplo sorprendente del valor de un patriotismo sin titubeos puesto al servicio de la sociedad.

De ahí que querásmolo o nó, tengamos que regresar-nos a las tinieblas del pasado para que la luz que hoy nos alumbra sea estimada en su singular magnitud. Para que eche raíces eternas la reputación del héroe de esta providencial evolución de nuestra tierra, se hace indispensable que el pueblo dominicano se entere de cuántos insomnios, de cuántos sacrificios, ha costado el disfrute de este pródigo presente. Ello podría compararse con la piedra de Sísifo, colocándose, al fin, sobre la cumbre inaccesible.

Quizá lo que escribimos a esta hora de nuestra existencia no alcance la importancia que nosotros le atribuímos. Mientras la historia de nuestro país no sea enseñada con toda la filosofía que habrá de resumirla, cuanto aquí decimos acaso sea leído sin la debida intención y des-



## RAFAEL DAMIRON

apasionamiento que es necesario para comprender la razón de nuestro esfuerzo.

Que nosotros sepamos hubo en el desenvolvimiento de la política del pasado muchas agrupaciones que se atribuyeron el título de partido. Desde los días de Buenaventura Báez, varias veces Presidente de la República, hasta los del gobierno que se deshizo en Julio del año 1899, existieron los conjuntos denominados Azules y Rojos, eternos rivales, irreconciliables, y fuentes infinitas de una discordia social que ocasionó no pocos sinsabores a la sociedad dominicana. Liquidados éstos, con la muerte del Presidente Heureaux, azul en su origen, aparecieron en la palestra política los nombres del Partido Republicano en 1902; más tarde el Partido Horacista, luego transformado en Partido Nacional, o *Coludo* y frente a este el Partido Jimenista, o *Bolo*. Entre la lucha por el Poder que se desarrollaba con un costo penoso de vidas y de intereses, de incertidumbres y de pasiones, se insinuaron, el Partido Liberal, el Legalista, el Progresista y la Coalición Patriótica de Ciudadanos. Este último con el único propósito de llevar a feliz término el mejor éxito del plan de evacuación que puso fuera de la tierra dominicana el Gobierno Militar que por muchos años dirigió los destinos del país.

Naturalmente, sin la aspiración de encauzar un ideal común en favor de las libertades públicas, de la organización general del país, y de una paz cierta basada en el

## N O S O T R O S

mejor sentido de las puras democracias, todo esto no pasaba del interés de una minoría ansiosa de perpetuarse en el disfrute de un gobierno sólido sostenido por la opinión pública.

Más que partidos políticos, eran realmente bandos que se alineaban para la conquista del más absoluto e inescrupuloso manejo de la Cosa Pública.

No faltó una que otra organización de éstas que por mero formulismo lanzara a la luz pública un pintoresco programa recargado de promesas patrióticas y reconstructivas. Todos los que así lo hacían, hablaban con énfasis de las libertades públicas; de la seguridad del Estado; de la probidad de la Justicia, del más limpio propósito en la administración del País; pero como el proceso de una política así prometida tenía que pasar por los podridos filtros de las más mentirosas añagazas, de sus escalonados descensos cívicos, al fin, lo que alguna vez se logró en los pocos comicios revestidos de una falsa realidad que culminó en más de un sufragio payasesco, fué la imposición de las exigencias que cada cacique ponía como condición para aparecer ejerciendo el derecho del voto en la elección de un gobierno cuya Carta Magna sería pisoteada, profanada y burlada sin ningún miramiento.

En cada Común como en cada cabecera de provincia habían dos o más personajes de machete al cinto que comprometían su colaboración a base de que se considerasen todas las arbitrariedades que pudieran caracterizarlos como jefes únicos de su región. Esta maquinaria de

fetiches pueblerinos era manejada por aquel de su comarca que fuera más letrado, más hábil en los intringulis de que se servía para mantener un pequeño séquito de adeptos incondicionales. A éste le ofrecía la Comandancia de Armas de la Común; al otro, la jefatura de la Policía Municipal; al de más allá, la Presidencia del Cabildo, y en una ya convenida distribución de los cargos públicos y del predominio privado en cualquier sector de su órbita de acción, se buscaba el contacto de los más seguros de sus amigos que en el seno del Gobierno, o en el de la revolución triunfante pudiera garantizarle ventajas personales.

Con esta amalgama de cosas impuras se organizaba a veces la política de color que habría de decidir los destinos del país, lo mismo cuando caía que cuando se constituía un régimen por medio de unas elecciones generales, o como resultado de un cuartelazo inesperado.

El caudillo de la región Norte de la República, por ejemplo, pedía para uno de sus amigos la administración del Ferrocarril Central, y para otro la del que comunicaba la ciudad de La Vega con el puerto de Sánchez. En donde había otra apetitosa riqueza, alguien pedía su monopolio y así sucesivamente eran repartidos entre los colaboradores más importantes, los proventos municipales, la exclusividad en el negocio del arrimo en el muelle de los puertos, además de una minuciosa lista de recomendados para los cargos del Departamento de Rentas Internas y de otros impuestos no menos productivos.

Todo esto que acrecentaba la pobreza de las arcas

## NOSOTROS

nacionales, era el premio a la cooperación de los dirigentes que habrían de apoyar en las urnas, o con las armas, el triunfo de un bando político.

A esta desgraciada composición repartida en dos o en tres frentes, se le daba título de partidos políticos.

Más de una vez comprobamos lo lejos que estábamos del orden y del ideal que se comprometía al pueblo dominicano, cuando por medio del voto surgía un Gobierno ridículamente llamado Constitucional.

Este estado de cosas, esta deformación de las prácticas de un verdadero y honrado ejercicio de un sufragio, nos obligó muchas veces a aceptar la presencia de observadores, más bien interventores exóticos, en estos eventos electorales.

En el año 1914, y aceptando el asesoramiento de un poder de facto combinado por los directores de estos llamados partidos políticos, el gobierno que culminó con el triunfo de Juan Isidro Jimenes, coaligado con Federico Velázquez y Hernández y que lo llevó a la Primera Magistratura del Estado, surgió en la forma más singular que ojos hayan visto en la historia de los sufragios del mundo.

En cada mesa electoral, que no pasaba de una en cada cabecera de provincia, un oficial de la marina americana ocupaba sitio entre los miembros dominicanos que la presidían. La puerta de entrada del sitio escogido para llevar a cabo la votación era tan estrecha que hacía casi imposible la penetración de los sufragantes, y ello ocasionó desórdenes que terminaron con choques armados



que costaron cuarenta y cinco víctimas y que tal vez hubieran costado cientos si no interviene una compañía del ejército regular que servía de custodia al Presidente interino de la República.

Para evitar fraudes en la votación se inventó marcar la mano a cada un votante con tinta indeleble que los interesados borraban con una combinación química infalible para el caso.

Convencidos los miembros del Comité Electoral de la imposible evitación de las distintas formas fraudulentas de que se valían los partidos, resolvió que en vez de una mesa electoral hubiese dos dentro de la zona urbana de la capital de la República. En cada uno de ellas depositaría sus votos un solo partido. Tan genial ocurrencia dió por resultado una votación que centuplicó todos los cálculos previstos.

De esto surgió un Gobierno constitucional y de este Gobierno, que nació maculado por la alianza insincera de quienes lo ayudaron a alcanzar el triunfo, surgió una situación política tan efímera que poco tiempo después dejó las puertas abiertas a la ocupación del ejército americano.

Así las cosas, y sin ningún interés retrospectivo, que pueda inducirnos a una crítica imparcial, nos permitimos preguntar:

¿Podría un historiador honrado considerar como resultado del querer de las mayorías populares los gobiernos que de todo esto que hemos enumerado dirigieron por tantos años los destinos de la Nación?

## NOSOTROS

¿Puede nadie que tenga concepto claro de las cosas aceptar que existieran partidos políticos dentro de tanta irregularidad y falta de ética cívica?

Nosotros fuimos testigos del proceso que dió el triunfo electoral al gobierno que sucedió al de la Ocupación Militar en nuestro país, y no ignoramos con la *habilidad* y *presuntuosa capacidad* que contempló su desarrollo el Representante del Departamento de Estado Americano que quedó tan satisfecho de su buen éxito, que poco faltó para que más tarde pudiera aspirar a convertir cualquier lugar de nuestro territorio en una a manera de Insula Barataria para gustar el más voluptuoso reposo para sus días de descanso agradecido.

Si se nos preguntara hoy qué era en el pasado un partido político, harto difícil nos sería contestar. En todos los países del mundo, y del cielo, si es que en el cielo hay también lo que en verdad se puede denominar así, hay dos o más colores, o dos fuerzas que nos induzcan a escoger para manifestar nuestras preferencias.

Entre nosotros, el pueblo se dividía en uno, en dos, en tres o más frentes para tomar parte en los torneos electorales, y no era raro ver juntos en una misma agrupación ortodoxos y católicos; iconoclastas y fanáticos; masones y odfehos, sin que se estorbaran en su función política. Los programas políticos debidamente escritos para persuadir las masas y conquistar adeptos, pudieran diferenciarse en la forma, pero en el fondo eran el espejo del mas alentador civilismo. Libertad, Derecho, Justicia, Probidad, y hasta pensamientos filosóficos extraídos de las

## RAFAEL DAMIRON

más clásicas escuelas políticas, servían de soporte a la ladina propaganda de los caudillos y sus colaboradores.

Todo esto, que era la parte literaria de las ambiciones subrepticias, nada tenía luego que ver con la realidad íntima de sus propósitos.

Lanzando vivas a un caudillo improvisado o tradicional, se constituía un frente de combate para alternar en los sufragios nacionales. Lo importante era dar carácter de cosa digna de los anhelos populares a estas tristes combinaciones de las cuales surgía un símbolo, ya fuera con el nombre de Partido Liberal, ya con el de Partido Conservador. Se necesitaba un nombre y así se bautizaba en los altares de las más caracterizadas demagogias.

El partido Bolo; el Coludo; el Progresista; el Legalista; el Rojo; el Azul, y hasta uno que otro que especulaba allá en los fondos de la parte comercial de la política, se apercebían para ver de alcanzar el triunfo de una perfectamente viciada burocracia.

Tales eran los llamados partidos que ya en otra parte hemos calificado como bandos o partidos.

Lo que hemos dicho al comienzo de estas disquisiciones alrededor de la política de partidas (no de partidos), tiene el expreso propósito de afirmar que Partido Político, dentro de las más clásicas formas democráticas, sólo ha existido uno en el país: **EL PARTIDO DOMINICANO**.

Su estructuración no ha sido fruto de una labor improvisada, un alto concepto de las finalidades que deben caracterizar la actuación de una colectividad consciente

## NOSOTROS

de sus deberes, ha sido la norma perenne que ha guardado en sus manifestaciones cívicas esta laboriosa organización.

Quizá sorprenda a quienes no conozcan la historia de nuestra vida política, la fuerza de opinión que sirve de soporte a esta institución esencialmente nacionalista; pero si quien extrañe este fenómeno se diera a escrutar los horizontes de todos los tiempos y se convenciera de que cuanto representa algún valor social en el país es parte de este poderoso conjunto, que más que una agrupación política ha pasado a ser el baluarte de la fe nacional, comprendería en seguida el grandioso éxito de cuanto como impulsador de la civilización actual, su gestión y sus iniciativas múltiples en bien de la sociedad dominicana, ha realizado.

En estos veinticinco años transcurridos nada hay que signifique un jalón de progreso definitivo que no haya sido inspiración de su Jefe Supremo.

La vitalidad de su fuerza como factor de todo cuanto ha dado personalidad extraordinaria a nuestro pueblo, se hace ver y sentir por donde quiera que un espíritu honrado trate de estudiarla en beneficio de todas las clases, desde la más humilde hasta la más destacada en la vida intelectual.

Muertos y ya inútiles los restos de aquellos bandos que se esfumaron ante la indiferencia del pueblo que anhelaba promesas tangibles y no palabras huecas y sin ninguna garantía, la República Dominicana puede ufanarse de no guardar, ni en sus más remotos recuerdos, lo

RAFAEL DAMIRON

que constituyó su desintegración como Estado cuando éramos juguetes de un caciquismo vesánico ajeno a toda posibilidad de grandeza.

Es preciso haber vivido la tragedia para poder llegar a las horribles conclusiones que hoy nos hacen tan severos en el análisis y tan duros en sus consideraciones.

Hay que tener cincuenta o más años de dad para poder juzgar, medir, el valor de la transición que nos ha colocado en un plano de reflexiones hondamente filosóficas sobre nuestras nuevas modalidades. Desde el año 1930 hacia los días de los inicios de la República, ningún bien sería más definitivo para nuestra historia que aquel que optara echar al mar todos los archivos del pasado. Reconstruirlos podría desorientar las generaciones que sólo debieran beber en la fuente diáfana y pura de esta ERA, cantera inagotable en donde están vivas todas las enseñanzas para un mañana siempre mejor.

Volver los ojos hacia el pasado sería como ponerlos sobre las ruinas de una nueva Gomorra.

Para nosotros no queda más que un camino, el que da al Naciente, siempre al Naciente, desde ahí es de donde tienen que venir alientos de esperanzas. En el Poniente solo encontraremos lágrimas y remordimientos.

\* \* \*

Quisiéramos no ser tan consecuentes cuando, como frente a un cadáver, nos damos a estudiar la anatomía de ese montón de esqueletos que un día fueron cosas vivas que se esfumaron para no dejar en su rastro ni un

## N O S O T R O S

estrecho camino para echar a andar rectificaciones que pudieran salvarnos de nuestros empecinados desmayos políticos. Siempre que un régimen político sucedió a otro, no importa el procedimiento que determinó su sustitución, lo que traía el uno, y lo que dejaba el otro, constituían un eslabonamiento de baches tan profundos, que la verdad histórica se encargará de juzgarlos, mejor que nosotros, sin que sea posible salvarlos de una condena lamentable. Cuando no fuera lo que ha sido en provecho para el Estado Dominicano la actuación de esta ERA; cuando la pasión pretendiera desacreditar lo que ante los ojos de la razón ha sido una victoria para el pueblo, por lo menos, tenemos hoy expeditos horizontes, limpios del fantasma del fanatismo que creó tantos valores falsos que por su propia insignificancia, ha cubierto sin cruz ni mármoles la historia. Han desaparecido en el olvido, como llegaron del anónimo a lo anónimo.

Si nos pusiéramos a buscar de entre ellos, si es que los hay vivos aún, ¿cuál podría mover el interés de las generaciones presentes para ser escogido como tipo destacado de una lucha cívica en pos de la dirección de la República? Ninguno.

\* \* \*

De lo que supervivió al estremecimiento cívico que produjo esta ERA, no creyendo en el advenimiento de algo extraordinario' que descubriría el secreto del equilibrio nacional, apenas si sobran como sombras errabundas,

## RAFAEL DAMIRON

tercos, por no llamarlos suicidas, algunos que otros náufragos dentro de su propio error, ocultando su arrepentimiento en playas extranjeras.

¿En dónde, pues, hallarlos?

En el fondo de donde ha podido el Benefactor de la Patria producirlo como una prolongación de su propio yo. Fuerte, incansable, sin prevenciones personales ni egoísmos estériles.

Con un solo pensamiento, con una sola ambición y con la más depurada aspiración que pueda caber en el alma de un prócer: LA PATRIA.

La Patria, que por encima de todo ha tenido el privilegio exclusivo de su modelación; la Patria próspera y quizás más grande aún que como la soñaron cuantos la imaginaron como una visión intangible.

Lo que no fué comprendido por la resistencia recóndita que nos puso fuera de todo culto y que nos dejó sin Dios y con un empañado escudo en la bandera, pasó ya de lo presentido a lo existente.

Estamos en marcha sobre un camino sin lodo ni arterías.

Lo que parecía utopía es factible. Nada podrá detener ya la obra de convicción que asume actitudes de conquistas definitivas.

Hemos aprendido la difícil ciencia de poseer derechos y de cumplir deberes. Con estos dos factores de normalización social, habremos de mantener siempre sobre cumbres el rumor de alas que es ya un himno en la eu-

foria contemplativa de la fe que ayer no pasaba de una interminable agonía.

Si es penoso tener que confesar que fuimos víctimas de ese error de siglos que nos mantuvo aturdidos para no advertir que algo luminoso se gestaba para conducirnos lejos de las tinieblas que cegaban nuestro espíritu, grato ha de ser comprobar que a cambio de nuestra ofuscación, surgiría lo que hoy es camino de regeneración que nos colma de optimismo.

Sin renegar de todo cuanto ha sido, es natural que a medida que se hace más remota la distancia, lo que no tenga luz propia disminuya en proporción. Sólo cuando el resplandor irradia por obra del amor, es permanente el fulgor que nos subyuga. Pasa un siglo y otro siglo y las constelaciones celestes jamás disminuyeron en su magnitud, sin embargo; el más grande monumento material reduce su tamaño mientras más de lejos se contempla. Así aquellos que por la vida alcanzaron un instante de grandeza convencional, desaparecieron frente a la admiración del hombre que antes los endiosara, porque para conservar el resplandor de un genio, hay que serlo por encima de las montañas y del tiempo.

Los verdaderos, los legítimos valores son más estimados cuanto más lejos los contemplamos, cuanto más distante nos los coloque la intolerancia de la verdad al través de los días.

Del panorama de nuestro pasado han ido esfumándose muchas figuras que parecieron ser inmortales. La gratitud de los pueblos sólo conserva el recuerdo de



## RAFAEL DAMIRON

aquellos que como las constelaciones que antes hemos mencionado, tienen luz propia. Y esa luz no emana de las evocaciones de héroes que la gloria no ha consagrado. Si lo que otros quieren no representa lo que positivamente el interés ha querido ennoblecer, es inútil que al final de un resumen histórico muchas figuras hayan desaparecido sin alcanzar los homenajes póstumos que corresponden siempre a los que han sabido vivir en sacrificio por la felicidad de sus contemporáneos.

Quien no deja pedazos de sol en la conciencia de sus sucesores, difícilmente resistirá el análisis desinteresado de la crítica pública.

En la evolución de estos últimos veinticinco años ha surgido un genio que lo abarca todo, no hay en ella nada que no tenga el sello de sus inquietudes. Por ello mientras más alto nos coloquemos para juzgar su obra, más grande nos parecerá su esfuerzo.

Y esto así por los siglos de los siglos, ya que es imposible abrir los ojos sin encontrar huellas de su inspiración en todo lo que tiende al perfeccionamiento de nuestro sistema político, en todo lo que es expresión del reconocimiento filosófico de todas las épocas.

\* \* \*

Después de la desocupación haitiana y a raíz del triunfo de la Restauración, lo que quedó para reiniciar la nueva República Dominicana, fué un conjunto de deshechos humanos que nunca supieron qué hacer con el fruto de este último triunfo.

Pobre, despoblado, sin recursos ciertos, el país quedó escorado sobre los escollos de su propia impotencia. En vez de formar una nueva sociedad, unida para la acción, enderezada hacia un puerto sobre el cual debieron, por lo menos en sus inicios converger todas las aspiraciones del pequeño pueblo que constituía la nación, la anarquía se hizo de garras y cada quien se guardó para sus ventajas personales, un pedazo de la bandera, que en vez de poner a florecer como un símbolo de la Patria, convirtieron en instrumento fácil para desacreditar el Poder.

Eran pocos para que cupiera en la capacidad que nos atribuíamos la posesión de una maquinaria tan defectuosa como la que nos legó el sistema colonial que había desaparecido. Pero éramos demasiado egoístas para sacrificar un poco de nuestras pretensiones en aras del resucitado estado que debíamos obligarnos a defender. Heredamos de los haitianos y de los españoles sus defectos más resaltantes. Ni con los unos, ni con los otros, aprendimos nada que pudiera valernos en nuestros conflictos. Si nos pusiéramos a investigar las causas de estas anomalías cuando estábamos en pañales dentro de la cuna de la libertad, jamás lograríamos una conclusión lógica dentro del panorama que se produjo como una serie de embriones inconexos, que más que fruto solo supieron producir espinas.

Cuanto podía lucir con rango distinguido para la formación de una sociedad consciente, había emigrado, o se mantuvo oculto, temeroso de perder lo poco que había adquirido al amparo del favor colonial.

## RAFAEL DAMIRON

La posesión de la tierra dominicana registrada en viejos amparos reales, huellas de ilustres abolengos, positivo título de ciudadanía que la matrícula de Segovia en su mayor parte se reservó sin ningún beneficio para aquellos que prefirieron correr el riesgo de la esclavitud haitiana, no pasó de una propiedad simbólica que al correr de los tiempos desapareció de las manos del legítimo hijo de nuestra tierra.

¿Qué quedó, pues, después de la llamada Restauración de la República?

De Luperón a los últimos días del 1930, saltando por encima del oprobioso período de la Ocupación del Ejército Americano, todo fué una orgía de desaciertos. Concesiones leoninas; mutilaciones afrentosas de nuestra autonomía; renunciamiento de nuestros derechos como nación independiente; la estafa simulada de un interés patriótico manipulado por un grupo de políticos inescrupulosos que nos impusieron el Modus Vivendi, y luego la convención dominico-americana, además de la serie de desafueros que a no ser por el divino milagro que produjo al hombre que hoy es espíritu y carne de nuestros anhelos de libertad, apenas si pudiéramos contarnos entre los pueblos libres de América.

Escribir todo esto y hacerlo sin hipocresías especulativas, sabemos que no nos recomendará para ningún aplauso; pero como algo ha de ser sincero en la exposición de estas complejas ilustraciones históricas, nos encogemos de hombros, y que nos perdone Dios si hemos

## NOSOTROS

dicho algo que no esté sujeto a la verdad, que a la postre habrá de liberarnos de una definitiva condenación.

“Si aconteciera, que no acontezca, no”, así lo esperamos de los manes que han inspirado al forjador de esta nueva Patria, que tuviéramos que buscar para sustituirlo, un hombre capaz de poner sus manos en el timón de la nave del Estado, ¿cuál conflicto igualaría al que esto significara para el pueblo dominicano?

¿Quién, cuál, en dónde está ese hombre?

¿En la imaginación de algún exagerado e imaginativo augur?

¿En la mente de algún supersticioso invocador de fuerzas desconocidas?

Si del corazón del genio que nos ha conducido a esta ERA no surge con la elocuente perfección que es necesaria, el caso resultaría aflictivamente desconcertante.

La perplejidad se adueñaría de cuantos se atribuyen el privilegio de pensar patrióticamente, y quizás si con todo tendríamos como el jerarca de Judea que lavarnos las manos para no confesar nuestra impotencia.

Quisiéramos creer frente a estas hipótesis indefinibles, que aún falta mucho que andar para que asome por encima de alguna cumbre la estrella que ha de asumir el torrente de luz que se desprende de la vida del BENEFACTOR DE LA PATRIA. Por ello optamos por la espera para ver si es posible que surja de su corazón lo que ha de ser imagen en su gloriosa existencia.

En la vida de la República se han realizado muchos ensayos democráticos, muchas revoluciones, una infinita

serie de asonadas, y del penoso discurso de ella han surgido hombres de indiscutible valor, los unos por su civismo, los otros por su probidad; pero cuando en unos han sobrado virtudes, el pueblo las ha ignorado, cuando en otros ha sobrado lenidad, el pueblo ha preferido explotarla.

Y esto porque a ninguno de ellos le sobró carácter para enfrentarse a la ignorancia de las masas y a la influencia falaz de sus conductores.

De ahí que registremos entre las singularidades de nuestra política, Mandatarios que lo fueron durante noventa días; dos gobiernos provisionales constituídos a un mismo tiempo y algo peor, la acefalía de la Primera Magistratura del Estado durante los días que siguieron a la renuncia de un jefe legal del Estado frente a las balloquetas de un gobierno extranjero.

No creemos que haya en la historia del mundo leyendas tan raras como las que un historiador imparcial pudiera registrar como cosa cierta para darla a conocer a sus lectores.

Y lo peor es que la responsabilidad de todo ello cae con todo su peso sobre la cabeza de nuestros más significados hombres del pasado.

¿Cómo no ha de ser para el ciudadano de hoy de sumo interés enterarse de lo que fuimos para poder apreciar lo que somos hoy?

Si fuéramos a juzgarnos a nosotros mismos, no podríamos escapar a la culpa que en parte nos corresponde. No queremos dejar de ser sin deponer ante nuestros su-

## NOSOTROS

cesores estas individuales confesiones en que una gran parte de nuestro yo no ha querido perder el derecho de reconocer a quién debemos la transformación de nuestra Patria y a quién tenemos que agradecer las inconcebibles victorias a ella regaladas por su genio.

\* \* \*

Si nos fuéramos a atener a la sensación agria que nos queda en el alma después de expresar nuestra verdad histórica, tendríamos que preferir su insensible desconocimiento a su interés como cuestión edificante, porque si es indudable que no faltan en ella páginas que podrían despertar entusiasmo, hay demasiadas cosas que en cada acción meditativa que las dediquemos, nos obligan a enmudecer para no tener que reprobar la inconsciencia constante que han parecido inspirar los acontecimientos que forman el volumen confuso de nuestras crónicas y de nuestras informaciones alrededor de toda nuestra vida.

Desde el primero hasta el último crítico que intentó un ensayo sociológico extraído de nuestra existencia, la confusa psicología de nuestro material etnológico se opuso como cosa fácil a un análisis sereno. Pretendimos volar cuando aún no teníamos alas, y por ello, como las de Icaro, las vimos arder al primer vuelo frente a la luz que debía iluminar nuestro camino.

Fuimos decididamente un campo inapropiado para el ensayo de un coloniaje generoso. España nos descubrió y cuando parecía que seríamos un definitivo ornamento

para la corona ibérica, ya éramos franceses, peor aún, éramos haitianos.

La garra de la gran Albión quiso conquistarnos para ser más grande su poderío en América, y entre una infinita sucesión de insólitos desmanes, dijérase que no parecía posible adivinar cuál, a la postre, sería nuestro destino.

¿Cómo pudimos surgir con carácter soberano con esta serie de fatales designios?

¿Cómo podía definirse la característica de un pueblo sobre la temblorosa crátera de las fuerzas subterráneas que disponían de nuestra suerte?

Difícil sería extraer de todo esto una conclusión orientadora.

En medio del confuso proceso de nuestro crecimiento, dijérase que solo quedó lo menos útil y lo más enfermo.

El hombre primitivo que poblara nuestra tierra al pisar por primera vez en ella la planta del conquistador, fué exterminado sin piedad como cosa que nada era ni nada merecía. Cuando se cansaron las armas de matar y matar a nuestro aborigen, fueron perseguidos con perros bravos hasta que no quedó para atestiguar su existencia sino el pequeño y reducido grupo de la familia del cacique Enriquillo, que murió de hambre en la soledad de los montes de Boyá.

Después de este inútil exterminio, ¿cuál nombre podría citar nuestro historiador que significara una brújula



para enseñar a andar el mestizaje que luego se adueñó de nuestra tierra?

Los únicos datos que ha notado con seguridad algún desocupado cronista de la conquista, no ha pasado de indicarnos la clase de sus armamentos, la maña de sus luchas, y la oculta ambición de algo que no estaba al alcance de ese afán de lucro en nosotros tan escaso.

Lo único que hubiera dado ideas de una legítima autenticidad era nuestro indio y por una ley de groseras violencias, como hemos dicho antes, fué arrasado. Lo que lo sustituyó no fué cosa que pudiera garantizar el nacimiento de una raza definida.

De modo que desaparecido el hijo de la tierra, nada quedó que pudiera tener para su orgullo la razón de haber nacido enquistado en este pedazo de una isla entonces transformada en cementerio de una casta.

Si nos encontramos a través del tiempo con un tipo de hombre de inconclusos lineamientos anatómicos, que ni son del negro puro, ni del blanco aventurero, se debe sin duda a la mezcla inconsciente de elementos disímiles confundidos por el contacto sexual que no era posible reprimir en un período ajeno a planes de superación y de selección social.

Y este lamentable estado de cosas dentro del estrecho campo que el desordenado ambiente de la vida colonial amamantaba para el fácil reparto de un arbitrario patrimonio y para el establecimiento de estratégicas condiciones geográficas, jamás se orientó en pos de una modelación espiritual que nos colocara como unidad evolu-

tiva dentro de la formación política del continente americano.

No fué sino muy tarde ya cuando como una peregrina aspiración, cupo en la mente de algunos visionarios la idea de la constitución de un Estado libre en nuestro territorio.

Antes que esto no pasamos de ser un trampolín geográfico para saltar a la tierra firme que se insinuaba en los horizontes.

Lo que nos fué quedando como engendro de la incuria y de la insignificancia para dar pruebas heroicas, era a la manera de lo que casi podrido, apenas sirvió para atestiguar el paso audaz del inmigrante y que hizo de América un apetitoso atractivo para la codicia de ese tipo errabundo que nos impuso la conquista.

De su paso por la tierra, que según la vanidad nativa, *más amó Colón*, apenas encontramos ruinas de oscuras leyendas de donde recogemos dudosos datos para dar un poco de lustre a nuestro origen. Con todo lo cual, como una presea valiosa, nos hemos empeñado en considerarnos fruto de linajes legendarios, y de muy distinguidos abolengos.

¡Cuán penoso es haber llegado a las conclusiones que ilustran nuestro concepto alrededor de las raíces sobre las cuales nuestra historia ha querido enmudecer!

Cuando en otra parte de este volumen aseguramos que componemos una raza excepcional, no andamos errados, miremos si no, el cuadro desalentador de nuestra ideología embrionaria y seguramente que se llegará con

## NOSOTROS

nosotros a la categórica afirmativa de que somos un inconfundible conglomerado de excepciones.

De ahí que el discrimen racial y el egotismo social no hayan podido prosperar en nuestro ambiente. Sin solución de continuidad hemos vivido, y viviremos, alcanzando un nivel de civilización que nunca será patrimonio de una clase determinada.

Y eso ha de ser nuestra más alentadora esperanza. Por donde se han agrietado las más avanzadas organizaciones sociales, nosotros hemos nacido para hacer siembra sólida de individuos sinceramente capacitados para lograr por igual las más espléndidas conquistas del progreso humano.

Ningún dominicano hoy, consulta con su espejo el color de su piel, o la forma de sus facciones al abrir un libro, o al echar un grano en el surco promisor. Constituimos el único pueblo de América en el cual el hombre no es un posible candidato a la desclasificación por la estúpida fuerza del pigmento que colora su origen.

Quizá resulta difícil comprender la evolución súbita que hoy nos ha colocado sobre un plano de nacionalidad perfecta, pero si alguien quisiera encontrar la razón de ello, la encontraría en cuanto piense que lo que nos faltaba en medio de nuestras luchas por algo que no sabíamos lo que era, ha de ser el estado de serenidad que nos ha regalado la fuerza incontrastable de un sistema político que prefiere a todo interés sectáreo, o especulativo, el interés exclusivo del Estado.

La impaciencia con sus caídas y la precipitación con

## RAFAEL DAMIRON

sus fracasos nos han enseñado a esperar. a esperar sin protestas exhibicionistas el resultado de nuestros más difíciles problemas.

Ningún país del mundo del tamaño del nuestro, ni mucho menos con la escasa población que lo constituye, puede compararse con el que nos ha servido de Patria y de hogar. Quizá el número de sus habitantes sea menor de la mitad de una gran ciudad de Europa, de Asia y de la misma América; sin embargo, ¿cuál de ellas podría como nosotros tener una bandera, un escudo, y el derecho de su propia determinación reconocido por todo el Universo?

Veinticinco años de paz reflexiva y honradamente administrada han bastado para la realización de esa obra constructiva.

¿Hacia dónde vamos?

Ahora sí podemos proclamarlo: hacia la gloria.

Hacia una gloria que no admite posibilidad de regresiones.

La experiencia nos ha enseñado a poner toda nuestra fuerza, todo nuestro patriotismo al servicio de su eterna vigencia.

No es por medio de prestidigitaciones políticas por lo que hoy formamos en el escenario de la civilización un punto sobre el cual concurre el interés internacional para oír cómo palpita y siente el corazón de nuestro pueblo, es porque somos una unidad sólida y eficiente en el desarrollo económico del continente americano. Cuando la tierra y el espíritu de un Estado logran producirse sin

## NOSOTROS

dependen de la bondad, ni de la generosidad de otros Estados, se es, y sin que quepa duda, una potencia institucional indispensable en la formación de una unánime fuerza de resistencia.

Al hacer un recuento sensato de las cosas vivas que robustecen la acción de las naciones de América, representamos una contribución indesechable.

La pesadilla de un acreedor desconfiado no existe en el movimiento de nuestras reservas administrativas.

Constituimos un país libre, no por la posesión de recursos nacionales que al fin desacreditarían nuestro empeño de gloria, sino por la efectiva solvencia que respalda la actitud de nuestras más soberanas virtudes cívicas.

Para quienes lucharon ahogándose en sus propias desesperanzas, ha llegado la hora de "morir en belleza". Lo que nos queda delante no infunde miedo, es el camino ancho de la conciencia libre de augurios derrotistas.

Haber alcanzado esta Era, aún cuando de ella nos quede poco para disfrutar sus infinitas victorias, es algo como haberse curado de cuanto nos dejó cicatrices profundas en el alma.

Ha sido dentro del tiempo comprendido en estos últimos veinticinco años, cuando precisamente, con mayor aliento ha penetrado el comunismo fuera de las fronteras de la Rusia soviética deformando la estructura moral de muchos pueblos que si antes habían sufrido el efecto de sus convulsiones íntimas, jamás llegaron a transformar el orden espiritual de sus peculiares inquietudes.

## RAFAEL DAMIRON

Y ha sido durante estos últimos veinticinco años en los cuales se ha destacado la influencia de la Era fecunda que nos ha regido, cuando con mayor orgullo ha echado raíces el sentido de la paz en el hombre dominicano.

Y no es que no hayan pretendido los agentes del comunismo en América extraviar este sentido claro de nuestras cosas en provecho de los disolventes principios que han querido envenenar muchos países aledaños a la tierra nuestra, sino que frente al vigoroso celo de nuestra política altamente patriótica y profundamente convencida de sus inequívocas orientaciones, lo que no se fundara en el amor humano, en la consolidación del concepto de familia que nos ha enseñado el precursor de esta paz decente de que hemos disfrutado, no encontró sitio apropiado para evolucionar, ni posibilidades para sembrar.

Ni en la escuela, ni en el libro, ni en la tribuna, ni en los más secretos fondos de la sociedad dominicana, ni en las doctrinas de ninguna religión, pudo nunca insinuarse la falaz tendencia de empañar las tradicionales afecciones de nuestro patriotismo.

Hasta el año 1930 sufrimos la confusión desesperante de lo que realmente constituía nuestro ideal. Desde entonces hasta hoy no ha habido un solo dominicano que ignore que nuestra filosófica actitud es la que nos ha marcado la voluntad guiadora del hombre cumbre que creó esta ERA.

Mientras las más grandes potencias de América y de Europa no tienen derecho a dormir, temerosas de que el cáncer del comunismo logre afectar sus más caracteriza-

## NOSOTROS

dos esfuerzos contra esa enemiga que acecha y lucha para destruir sus cimientos, nosotros, con ser una minúscula entidad, sabemos que por ningún sector de nuestro territorio podría encontrar caminos el monstruoso enemigo que mantiene en guardia perenne todas las fuerzas esenciales de las sanas democracias del Universo.

Y es ésta, además de las infinitas victorias obtenidas en el campo de la cultura, la que sirve de orgullo, más que a los hombres de esta tierra, a su indiscutible forjador.

Damos a la luz pública estas manifestaciones nuestras, impulsados por una fuerza de entusiasmo que sólo es posible consagrar a la Patria que nos da título inconfundible de pura sensatez.

La juventud dominicana de hoy tiene para ufanarse de la época que le ha correspondido, el privilegio de optar entre las bifurcaciones que reclaman su acción, una Patria madura propicia a todo anhelo de grandeza.

Quien se quede rezagado, no es por falta de elementos alentadores. Acaso lo deba al complejo de negligencia que muchas veces nos privó de poder ofrecer a cada un ciudadano, la hoja de laurel que para todos ha tenido en sus manos generosas, el Padre de la Patria Nueva:  
RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO MOLINA.

\* \* \*

Nunca como ahora ha respondido el pueblo dominicano a la llamada que lo puso al servicio de su regeneración. En el transcurso doloroso de los años que lo arras-

## RAFAEL DAMIRON

traron a toda clase de errores y de ultrajes, parecía haber perdido fe en sí mismo y su esperanza en todo. Engañado, vencido casi, extraviado, borracho de impostura, no daba con el sendero que habría de conducir a su Tabor. En su calvario interminable fué azotado por fuerzas extrañas que no pudieron comprender su pesadumbre y por ello, en vez de ofrecerle el manto de la Verónica para que enjugara su frente y secara sus lágrimas, le impusieron fuertes cadenas para mantenerlo clavado en la cruz ante los ojos del mundo. En vez de un INRI, que lo hubiera denigrado, pero que también lo hubiera hecho sobresalir como un resucitado de los más profundos martirios. sólo podía leerse la sentencia de Breno al colocar su espada en la única balanza de su única justicia: ¡AY, DE LOS VENCIDOS!

País de excepciones como repetimos ya lo hemos dicho, vió descender hasta lo más profundo del olvido cuanto hubiera podido envanecerlo evocando sus hombres y sus hechos, que no faltaron, aunque en muy pocas circunstancias, dignos por sus virtudes, y grandes por su sacrificio, como lo fueron los que por encima de nuestro innato egoísmo, algo hicieron para crear nuestra Independencia y nuestra Restauración; pero que más que nuestra gratitud, solo alcanzaron la crítica de sus detractores y la mezquindad de una historia escrita con gotas de hiel.

Pedro Santana no conquistó sino la recompensa irreflexiva del descrédito y el vituperio. Incapaces de imitarlo en sus arrestos de libertador esforzado, los conducto-

## NOSOTROS

res de la opinión de la República se empeñaron en estigmatizarlo. Siempre los que no tienen alas para volar sienten con envidia el rumor de las alas.

De Luperón se alega, para empequeñecerlo, una enegrida presunción en cuanto ha escrito al margen de su propia vida. No hay delito mayor para el historiador dominicano que haber sobrevivido al comienzo de su propia historia.

Una incomprensible mentalidad ha presidido el juicio de sus más inmediatos biógrafos. Por ello al través de los tiempos todo cuanto debió emular las apreciaciones de la crítica, se torna en disconformidad y desaliento.

Por la Primera Magistratura del Estado han desfilaro personajes improvisados y alementos de reconocido valer; se han ensayado innumerables sistemas administrativos, pero como la política subterránea ha podido más que la urgencia de algo digno para nuestra historia, la confusión ha despistado la investigación, y la miseria espiritual de los mediocres se ha encargado de empañar las más honradas intenciones.

Es ahora, precisamente en el instante en que llega a sus veinticinco años esta ERA de rectificaciones, cuando amparados por las excelsitudes de la paz, es posible condenar la obra destructiva de la insignificancia convertida en alma de crítica histórica del país.

Y es que no es posible vaciar en los moldes de la verdad, lo que no ha logrado despojarse de la fiebre partidaria, que por encima del tiempo ha mantenido hirviendo en la razón y emulando la insinceridad de quie-

## RAFAEL DAMIRON

nes han pretendido hacer autopsia en el cuerpo aún vivo de la Patria.

Evocando a veces las rarezas de nuestro pasado nos ha sido imposible contener una actitud irónica.

Ya hemos discurrido sobradamente alrededor de nuestras irregulares cualidades, sin lograr un juicio definitivo sobre nuestras peculiares características y nos preguntamos, al fin:

¿Cómo pudo Francisco Gregorio Billini, conjunto de bondades, considerar como una cosa estable su posición en la Primera Magistratura del Estado?

¿Cómo Espaillat, cómo Nouel, tipos escapados de alguna página romántica, más bien para soñar que para gobernar, sin mancharse con el hollín que pretendía deshonrarlos?

¿Qué ideal nos condujo al propósito de liberarnos de la tutela extraña, si después que lo logramos con el escaso brillo de sus paladines, no supimos imponerle sello de cosa estable con fuerza suficiente para crear un auténtico patriotismo?

En cuanto dió la espalda el invasor de Occidente, apenas si tuvimos tiempo para enhestar la bandera de la República. La intriga y la rivalidad pudieron más que el valor moral de la conquista alcanzada. Cuando Santana regresó de su campaña libertadora, en vez de ser recibido coronado de laureles, sólo vió insinuarse sobre su cabeza la corona de espinas del egoísmo.

La República se constituyó entre un si es, no es de forzada armonía. Sin tiempo para esperar peores males,

## N O S O T R O S

se le dió una Constitución, y sin deseos de guardarle el respeto y el honor que merecía, del fondo de la mayor incomprensión surgieron la adversidad y la envidia para no disfrutar en paz el triunfo de la Independencia de la Patria.

No ha sido sino después del año 1930 cuando se han precisado las rectificaciones de esa maraña histórica que pusieron en las manos de los hijos de esta tierra aquellos que se adueñaron de las compensaciones morales que a cada un héroe le correspondía.

Por primera vez, después de su muerte, ha sido en esta ERA cuando el nombre de Pedro Santana no se ha nombrado para arrastrarlo y pisotearlo.

En nuestras pasiones somos exageradamente implacables. Duarte, Sánchez y Mella, la trilogía creada a regañadientes por los inexorables comentaristas de los primeros sesenta años de nuestra vida independiente, aún no han logrado el reconocimiento popular que debía bendecir sus cenizas. A fuerza de discutir las virtudes de Duarte, frente a las de Sánchez, Mella dijéramos que se ha ido esfumando hasta perderse casi en el escenario de los comienzos de nuestra emancipación.

A no ser por la honorable política que se inició en el año 1930, poco extraño sería que en el decurso del tiempo yaciera perdido en el olvido.

Aún no se ha escrito, sin un espíritu especulativo, un libro que contenga la biografía o el anecdotario de nuestros libertadores. A lo más que se ha llegado es a conver-

tir en epónimos sus nombres sin el aporte de los hechos que les han conquistado este trascendental homenaje.

La razón de cuanto venimos escribiendo culpa es del tiempo perdido en las viejas y mal remuneradas escuelas que en el país tuvieron a su cargo la enseñanza.

La Historia Patria en nuestras escuelas no ha sido materia preferente, en primer lugar, porque los profesores la ignoraban, y en segundo, porque muy pocos de aquellos que pretendían conocerla, le daban importancia.

De ahí que sea ahora cuando un bien trazado plan de estudios se interesa en la raíz de nuestras cosas.

Se ha organizado el archivo nacional, en él figura una hemeroteca perfectamente recopilada y no será trabajo escabroso para los profesores llevar al alma del niño, a quien deben la inmensa deuda del irrenunciable derecho de considerarse dominicanos.

Ojalá que obedeciendo a los empeños patrióticos de la ERA presente, la Historia Patria pase a ser materia preferente en la formación del hombre de mañana. No hay manera más noble de formar en el sentimiento del niño una querencia continua hacia la tierra que es suya, porque en ella nació y en ella ha de ser ciudadano ejemplar.

Nada es tan hermoso en el hombre como un nacionalismo sincero. Si la ERA presente se ha esforzado en colocar la República en rango de primera clase, justo es que correspondamos a ello amándola en todos sus aspectos. Que la canten de continuo sus poetas; que la eleven sus maestros; que ella nos resulte incomparable, y que

## NOSOTROS

al decirnos dominicanos, revele orgullo en cada frase, en cada letra, y en cada acción.

Ahí tenemos el ejemplo del creador de esta ERA para él nada es imposible en beneficio de su tierra, quiere verla cada día más próspera, más digna, más firme en sus aspiraciones, y mucho más grande en su disfrute de decorosas libertades.

Libres como somos ya, nada tenemos que envidiar a ningún otro país del mundo. Eramos una de las naciones más pobres de la tierra, y ahora somos relativamente la más poderosa.

Limpia y curada de ladrones nuestra economía, todo está ya a nuestro alcance.

Nada hay que haga más feliz a un hombre honrado de cualquier raza del pueblo, como la satisfacción de sentirse amparado por un régimen responsable y consciente.

Cúmplense ahora veinticinco años de lucha transformadora, y hemos logrado lo que jamás presentimos: nuestra absoluta soberanía.

Fundidos en la fragua de la más acrisolada honradez, las cadenas que nuestras debilidades nos impusieron, ya no son base para legalizar el desconocimiento de nuestros derechos. Si la adversidad nos colocara en la penosa disyuntiva de vencer o morir en defensa de esta Patria Nueva, habrá de asistirnos integridad suficiente para saber "morir de cara al sol".

Así nos lo ha enseñado la dignificación que es hoy norma y escudo de nuestra existencia.

No hay nada grande que no tenga hoy abierto un ca-

## RAFAEL DAMIRON

mino para su realización. La ERA actual ha tenido como su más caracterizado propósito, ofrecer oportunidad a toda iniciativa, lo mismo en las ciencias que en las artes; lo mismo en beneficio de la cultura del ambiente como en el progreso material que hoy es tan plausible como portentoso. Lo que se dispendiaba ayer para mantener al país en pie de guerra fratricida, que tanto luto y tanta miseria nos costó, hoy es invertido en escuelas y canales; en puentes y caminos; en hospitales y ayuda para los pocos menesterosos que hoy la necesitan.

Somos otros, y otras han de ser nuestras aspiraciones.

Regatear a esta ERA la gloria de habernos descubierto para salvarnos del fondo de la podredumbre que nos desgarraba el alma, si no constituye un crimen, por lo menos, resulta un caso de enajenación mental.

\* \* \*

Es indudablemente poco práctica la forma elemental con que nuestros maestros de Historia Patria conducen a los escolares de los cursos primarios al través de los datos informativos que de tales lecciones se desprenden. De ello queda poco en la mentalidad del niño, y como no está escrita para educarlo especialmente dentro de un sereno patriotismo, urge que se escriba ya, de manera definitiva, un volumen que alcance desde la verdad de nuestro origen, hasta el último jalón de nuestra vida como cosa real dentro del mundo.

Del Monte y Tejada; José Gabriel García; Casimiro N. de Moya; C. Armando Rodríguez; Arturo Logroño, y

## NOSOTROS

otros de mayor o menor significación, no han dado al país la filosofía sensata de nuestra historia, y ahora es ya, casi inaplazable, de que esta materia sea dentro del plan de estudio de nuestra enseñanza, lo más preferente, base inequívoca para la formación, no del intelectual del país, sino del ciudadano que por corresponder a esta ERA, ha de tener una conciencia debidamente depurada.

Hemos asistido a muchas conferencias relativas a la personalidad de algunos héroes de nuestra Independencia; pero dolorosamente, con ello sólo hemos aprendido el método con que cada un conferencista destruye adrede a unos o eleva exageradamente a otros.

El sanchizmo y el duartismo han hecho más daño a nuestra historia que un incendio total de nuestros archivos. No hay manera de engrandecer al uno sin empequeñecer al otro.

Quisiéramos que ese fanatismo torpe, en vez de manifestarse en favor de un lado o del otro de los frentes resistentes de la opinión, se virtiera con igual pasión en un esfuerzo glorioso para salvar del olvido a los hombres que crearon nuestra nación.

La hora que vivimos es doblemente propicia para ello.

¿Por qué no se aprovechan toda su magnitud y comprensión?

La impaciencia, que ha sido el cáncer mortal de todo propósito dominicano, acaso no dé franco apoyo y decisión constante a esta idea que solo necesita de una consagración honrada y desnuda de prejuicios.

## RAFAEL DAMIRON

Con estos últimos veinticinco años de vida reestructiva y esencialmente nacionalista, qué estupendo final encontraría el historiador dominicano que se dispusiera a esa labor de inestimable alcance moral para nuestro país...

¿La emprenderá alguien?

Ella ofrecería el más elocuente resumen de nuestra existencia, tan recargada de caídas como de reacciones providenciales.

Para ello sólo se necesitan dos grandes fuerzas de común acuerdo: TRUJILLISMO y PATRIOTISMO.

Nada más.

\* \* \*

En los precipitados textos de Historia Patria que caen en las manos de los escolares de hoy, existen ciertos baches injustificados. Se hace de Mella una biografía muy pobre. Apenas si logramos conocer a grandes rasgos su figura de libertador. Y lo que pasa con éste, que es uno de más destacados trinitarios pasa con una legión de héroes casi no advertidos en las consideraciones históricas que se ponen al alcance de los escolares.

De la Ocupación Americana, que parece cosa de ayer, nuestros libros hablan muy poco que sirva para ilustrar a las generaciones presentes. Se da apenas la fecha del delictuoso acontecimiento y se sigue adelante sin descubrir o denunciar las cicatrices profundas que guarda el alma dominicana y que el maestro jamás debiera de ocultar a sus discípulos.

## N O S O T R O S

¿Acaso no es una fuente de saludables conocimientos la tragedia sombría de los OCHO AÑOS que sufrimos bajo el talón aplastante de los soldados de Estados Unidos en el corto período de su inexcusable atropello?

No consideramos directamente responsable de este hecho al pueblo de Estados Unidos; pero tampoco creemos que deban escapar a la sanción del mundo sus autores caracterizados.

El libro documentado a este respecto no ha visto la luz pública aún, pero es absolutamente necesario que se escriba.

Si grande y digna ha sido la actitud de esta ERA cuando puso fuera del engranaje político de la República Dominicana a los Representantes del Departamento Americano, que disponía de nuestra economía, de nuestras aspiraciones como cosa de lacayos, cuán grande no será que el ciudadano del presente se penetre a cabalidad en el conocimiento del motivo a que se debió su desaparición, su expulsión de la política y de la administración del país, hoy libre por primera vez de intromisiones extrañas.

De la filosofía de la historia surgen los caminos que conducen a la elevación del espíritu patriótico de los pueblos.

El Creador de esta ERA, con la evidencia extraordinaria que caracteriza su acción, no debe al acaso el auténtico brillo de su historia.

Nuestra peor dolencia era nuestro afán del Poder a toda costa. A ello se debió que, dando tumbos sobre un

mal de inconsistencias morales, cayéramos bajo la bota inflexible y cruel de la Ocupación Americana.

Hubo más de un instante vergonzoso en nuestro país en que todo parecía depender del apoyo del Departamento de Estado Americano. De tal suerte esto influía en todo cuanto se movía en el país, que no era sino común que se aceptara como la cosa más legal, la intervención de un Representante de Estados Unidos en nuestras cuestiones puramente domésticas.

Quien en nuestro país no aceptara resignadamente este vergonzoso estado de cosas, se condenaba a vivir al margen de los intereses públicos.

Fué Trujillo, Trujillo el primero en hacer valer la condición soberana de nuestro país frente a las pretensiones del Departamento Americano. Por eso hoy se le toma en consideración, se le escucha y se le mira con respeto. Su estructura moral es impenetrable y fuerte como la gloria de que vive ufano el pueblo que lo ha convertido en su Conductor indiscutible.

Así como de él lo espera todo el país, porque es el depositario de la confianza nacional, en cada latido del corazón de su pueblo, su nombre es escuchado. El es su bandera, su escudo y su fe.

La historia dominicana, como dato exacto para orientar nuestra juventud, comienza en el año 1930. Lo que queda atrás sólo nos ha de servir para un triste cuento que mejor sería olvidar para evitarnos lágrimas y angustias.



















Hemeroteca-Biblioteca



016542